

Dib. SAMA.

—¡Vaya una factura! Casi casi, voy a sentir que se haya muerto mi mujer.





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

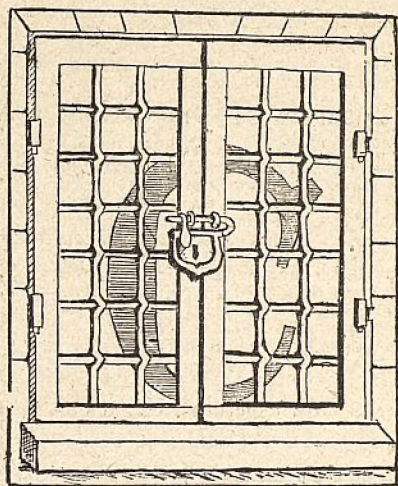
DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

## 22.—Música «clásica»



Concurso de pasatiempos de agosto

*Sorteo de premios.*

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos *piertietempistas*, resultaron agraciados los señores siguientes:

**PRIMER PREMIO.**—Un magnífico servicio de té (sin pastas) para dos personas, a doña María de las Mercedes Arias, Madrid.

**SEGUNDO.**—Un requeteprecioso frutero de plata y cristal tallado, a don Luis Orgado, de Albacete.

**Y TERCERO.**—Un elegante azucarero de cristal y platino, a doña Carmen Martín, de Madrid.

Los objetos para los premios, han sido adquiridos en la acreditada casa SANZ, Espoz y Mina, 40.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

## 23.—Cómo está la instrucción en España



**SOMBREROS  
BRAVE  
6 · MONTERA · 6**

Concurso de pasatiempos de septiembre

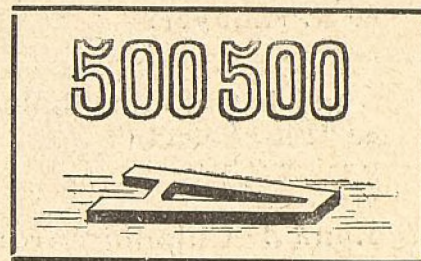
*Soluciones.*

1. *En estado comatoso.*—2. *Con melena.*—3. *Un arco voltaico.*—4. *Cachicán.*—5. *La espada de Bernardo.*—6. *Comillas.*—7. *Comedido.*—8. *Come melón de postre.*—9. *Camarada.*—10. *Lain Calvo.*—11. *Al revés te lo digo.*—12. *Exposición Universal.*—13. *Asturiano.*—14. *Regata de balandros.*—15. *Ensalada.*—16. *Paseantes.*—17. *Casino.*—18. *Círculo vicioso.*

De las 16.505 soluciones recibidas han resultado exactas las remitidas por los *piertietempistas* siguientes:

1, José M. Delgado.—2, María de las Mercedes Arias.—3, Enrique Pineda.—4, Luis Eguía.—5, Ramón Maraver.—6, Angeles Vázquez.—7, José Montesinos.—8, Manuel F. Sánchez Garrido.—9, Joaquín García Linares.—10, Carmen Lamonedá.—11, Eloy del Puerto.—12, Fernando Sáenz.—13, Román Mantín.—14, Emilio Cebrián.—15, Teresa Contreras.—16, Manuel

## 24.—Charada



**24.—Charada**

—Me dice tu padre que *segunda prima* *cuarta prima* *segunda tercia* para la venta.  
—Mil gracias; ya le enviaré a usted alguna *todo*.

García Reyes.—17, Fernando Peña, y 18, María Luisa Berres, de Madrid.—19, Jesús Suárez.—20, Pilar Salvo.—21, Consuelo Salvo, y 22, Fernando Salvo, de La Coruña.—23, M. Yrurita.—24, Adelita Peyrona.—25, Mercedes Peyrona, y 26, Marichu Peyrona, de San Sebastián.—27, Alfredo Morán, de Tarazona de Aragón.—28, Daniel Zuloaga, y 29, Luis de Brigante, de Valladolid.—30, María Isabel Urzola, de Valencia.—31, Manuel Matos, de Ceuta.—32, Alfonso Aramburu, de Huelva.—33, Luis Orgado, de Albacete.—34, Abel Valdés, de Oviedo.—35, Justo Espinosa.—36, Simón López, y 37, María Teresa Ruiloba, de Jerez.—38, Alfonso Martínez, de Olot.—39, Javier Esteban Yndar, de Irún.—40, Luis Florit, de Castellón.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 4 de noviembre próximo.

## Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre



PARIS Y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro

# BELLEZA

No dejarse engañar.  
Exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

## Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera»

Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Sirve para todos los usos. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

## Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor Selecta»

Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. Es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

## Agua de Colonia «Aromas del Monte»

La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 ptas., según cabida.



**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, codo, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

## ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección.

Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades marca BELLEZA: LOCION cutánea contra las arrugas, granos, asperezas, etc. CREMAS Y POLVOS para el cutis

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)

Estamos sudando el quilo en la preparación del «Número Almanaque de



## BUEN HUMOR

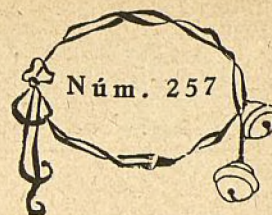
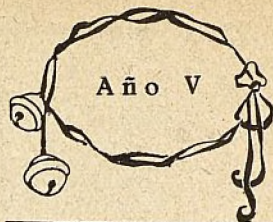


para 1927

¡Pero hay que ver lo que nos está resultando!

¡Asombra! ¡Enloquece! ¡Pasma! ¡Aterra! ¡Amarriza!





## INFORMALIDADES

# UN PARTIDO AMISTOSO

**N**o existe en el mundo nada más conmovedor que un partido amistoso. Hago esta afirmación después de haber presenciado uno, en el cual los futbolistas rivalizaron en nobleza, finura y educación.

Recuerdo que antes de comenzar el partido hubo un cruzamiento de saludos, reverencias y apretones de manos entre los jugadores de ambos equipos. El capitán del equipo rojo preguntó amablemente por la familia al capitán del equipo azul; éste, a la vez, se interesó por la mujer y los hijos del capitán del equipo rojo. Después hablaron brevemente del tiempo y de la actualidad política...

—¿Comenzamos?—indagó al fin el capitán del equipo rojo.

—Como ustedes deseen—respondió el capitán del equipo azul.

Empezóse a desarrollar el partido mansamente, sin enconos ni violencias. Yo estaba entusiasmado de la condescendencia de los jugadores. No había regateos ni brusquedades. Si un jugador rojo llevaba la pelota y se acercaba a él un contrario, aquél, con mucha urbanidad, le ofrecía el balón.

—¿Quiere usted *chutar*?—le decía.

—¡No, no!—replícaba el azul—. Tire usted primero.

—Le advierto que me es igual—objetaba el rojo—. ¡Ome el balón...

—¡No faltaba más!... ¡Usted primero!

—Bien; como usted quiera.

Durante el transcurso del partido interrumpieron éste varias veces para liar un cigarrillo y fumarle charlando amigablemente... Hubo, asimismo un pequeño percance. Un jugador rojo, impensadamente, como es natural, tro-

pezó a un jugador azul al dar un puntapié a la pelota.

—¿Le he hecho a usted daño?—preguntó, consternado.

—No; no ha sido nada. Además, la culpa es mía.

—Perdóneme.

—Usted es el que tiene que perdonar.

Cuando un jugador se decidía a lanzar el balón contra la portería enemiga era de ver y aplaudir la amabilidad.

—Cuidado—le decía al portero—. Retírese un poco no le vaya a lastimar.

A todo esto los equipos no se habían apuntado ningún tanto. El partido proseguía normalmente. Los rojos tuvieron ocasión, al tirar un *penalty*, de lograr un *goal*; pero

prefirieron, con mucha galantería, echar el balón fuera del marco de la portería.

Entonces los azules, al ver esta delicadeza, creyéronse obligados a dejarse meter un *goal*, y no estuvieron tranquilos hasta que el equipo contrario lo logró. Esta cortesía satisfizo de tal modo a los rojos que, para corresponder, dejaron que sus enemigos les hicieran también un *goal*. Por no ser menos educados los azules, facilitaron otro *goal* a los rojos. Y éstos, en justa correspondencia de caballerosidad, dejáronse introducir nuevamente el balón en su propia portería.

Este torneo de lealtad y nobleza se prolongó durante un gran espacio de tiempo. Un *goal* de los rojos; un *goal* de los azules. Otro *goal* de los rojos; otro *goal* de los azules... Y el partido tocó a su fin.

—Yo creo—advirtió entonces el capitán rojo—que hemos quedado a diez y seis por diez y siete. La victoria es de ustedes.

—¿Nuestra?—preguntó el capitán azul—. Al contrario. Los diez y siete tantos son de ustedes.

—No—rechazó el rojo—. De ustedes.

—Es lo mismo. Por eso no vamos a reñir.

Les acercaron una artística copa de rico metal. Los azules se negaron a aceptarla.

—Nosotros no hemos ganado—decían—. Sé la ofrecemos a nuestros compañeros los rojos.

—¡De ninguna manera!—protestaron éstos—. La copa es de ustedes.

—¡Imposible! ¡Es de ustedes!

—Nosotros no podemos aceptarla.

—Ni nosotros tampoco.

Y los caballerosos equipos, después de despedirse enterneados, se fueron cada uno por un lado. Desde lejos se decían adiós con los pañuelos.

Luis MONTERO



Dib. SILENO.—Madrid.



# Yo soy un inmundo seductor

Si, señores, no tengo más remedio que decirlo, aunque el espanto se apodere de mis lectoras y no las deje articular palabra, cosa que no me importa porque yo no las pienso preguntar nada por ahora.

Soy un inmundo seductor, lo reconozco; y no sólo lo reconozco sino que lo pregonó con una furia de vendedor de miel de la Alcarria. Hasta ahora he procurado mantener en secreto esta debilidad, que casi es una anemia, pero las constantes alabanzas y el sistemático aplauso que todos los años por esta época se prodigan a aquella birria con calzas de seda que se llamó en vida don Juan Tenorio, han concluido por sacarme del marasmo y por obligarme a hablar con claridad y a poner las cartas boca arriba.

Y puestas las cartas boca arriba, tengo la desvergüenza de decir que yo soy uno de los ases; y, si me apuran ustedes, que soy el rey de los seductores. Y esto lo mismo se lo digo a ustedes por carta que de palabra, porque es verdad, y resulta estúpido que me lo siga callando como un muerto, cuando don Juan Tenorio, que está más muerto que yo, no se lo calla ni a tiros y nos lo repite aruualmente con una latosidad pertinaz como para que le tiremos una patata, a pesar del sacrificio económico que eso supone y de que sería más sensato que nos la frieran.

En resumen: soy seductor. Y esta afirmación que muchas lectoras discutirían si me vieran la cara, y si pudieran verme la nariz, que es más roma que la capital de Italia, y si tuviesen la suerte de contemplar mi cuerpo, que es delgado como Siresio, es una afirmación completamente exacta. Soy seductorísimo, soy de una seducción que atufa, soy un fenómeno, ¡con la cara y el pelo! ¡Con la cara que me traigo y con el pelo que ya no me traigo, porque lo tengo en un dije desde el año mil novecientos cinco! ¡Pero lo soy, y qué le voy a hacer si lo soy!

Ahora bien; no crean ustedes que el oficio de seductor no tiene sus quiebras. ¡Las tiene! Pero a mí me quiebran una pierna y tengo que aguantarme diciendo si acaso que he tenido mala pata en el asunto de que se trate, o me hinchán un ojo y lo úni-

co que puedo hacer es buscarle un consueo para que no me llóre... Porque otra de las cosas que hay que decir claramente y paladinamente es que eso de ser seductor y encima pegar a los maridos, a los padres, a los tíos, a los abuelos, a los parientes y a los testamentarios de las socias seducidas es una fantasía más que puso de moda aquel infeliz bocón de Tenorio, que no decía más que mentiras, cosa después de todo disculpable porque era andaluz, aunque ni ustedes ni yo se lo hemos notado nunca en el acento, lo cual nos demuestra la doblez del personaje que hasta de su tierra renegaba. De manera que, contra las aseveraciones de don Juan, podemos oponer el hecho de que no hay seductor, por influencia que tenga, que no haya recibido una de tortas y otra de estacazos como para reducir a polvo las graníticas estatuas visigodas que se aburren en la plaza de Oriente desde la lejana fecha en que Romanones iba al Instituto y no se sabía nunca la lección.

Lo que pasa es que los seductores tenemos la carne más dura que la Sociedad de Tablajeros de Madrid, y además tenemos una clase de estoicismo que nos dan un palo y bajamos la cabeza, tanto para expresar resignación como para que no nos aticen en ella, que duele mucho y por reiterada experiencia lo afirmo.

Repito, pues, que si viviera don Juan (aquel villano burlador que a los pies de don Gonzalo era un Juanete y gracias) y tuviese el honor de conocerme, y llegase a hablar conmigo, suponiendo que yo quisiera hablar con él, que lo dudo, tendría el gachó que convencerse de que a mi lado resultaba un seductor de camama y de que las cuatro infelices criadas y las dos amas (una de ellas de cría cuando él la conoció) que pudo apuntarse en su libro de conquistas, eran tortas y pan al óleo comparadas con la muchedumbre aterradora de ciudadanas que llevo recogidas en mis brazos hasta la hora de escribir estas líneas. Claro es que don Juan podía decirme que ahora hay en el mundo muchas más señoras disponibles que cuando él hacía el indio en sus ámbitos, pero esto no lo creo óbice para la afirmación de que Tenorio era un primo que si no hubiese tenido dine-

ro se habría visto negro del Senegal para conseguir que le diese un beso una de estas huries que reciben la correspondencia en la lista de Correos. De novicias no hablemos: hoy don Juan no sacaría una doncella cándida del noviciado ni del Pacífico, y si la sacaba del noviciado peor para él, porque sería de estas que pululan por la calle Ancha a la salida de los teatros y no habría manera de tomar en serio la seducción, a no ser que Tenorio tuviese la manga más ancha que la calle.

Además, don Juan no tenía más oficio que el de seductor y, a ratos perdidos, el de discutir con don Gonzalo y el de insultar a don Diego. De día no iba a ninguna oficina, aunque no fuese más que a dormir, como voy yo, ni frecuentaba paseos ni visitaba bibliotecas. Salía de noche, hablaba con las escasas fregonas que le hacían caso de noche y se peleaba con don Gonzalo y con don Diego de noche. Aparte de esto, era absolutamente negado para el humorismo y no tenía ni idea de lo que es la gracia, porque un hombre a quien le hace reír don Gonzalo con aquellas barbas blancas y aquella cara tan funebre, demuestra su incapacidad para el chiste y su falta de preparación para la chirigota. ¡Era un hueso, sencillamente, el pobrecito!

Y, ahora que he reducido a polvo la legendaria figura que durante tanto tiempo les ha tenido a ustedes admirados, se impone que hable de mis conquistas, siquiera sea con la sucinta brevedad a que mi modestia me obliga. Empezaré por decir que yo no he sido el primer amor de nadie. Si acaso he sido el tercero en unos cuantos lances, el quinto en otros varios, el quinto interior en algunos más y la guardilla en la mayoría. De las doscientas veintiuna señoras que se han desvanecido en mi regazo, cincuenta me han pedido dinero, ciento veinte me lo han pedido también y las cincuenta y una restantes han tolerado que se lo dé. Solamente una de mis conquistas era virtuosa y lo era porque tocaba el violín en un café. Otra de mis adoradoras, a la que conocí en un cine, ofrecía la rara absurdidad de tener siete madres, una para cada día de la semana. En cambio, padre no tenía ninguno, por cuya razón fué



esta la única aventura en que no tuve que gastarme dinero en aglutinante. Recuerdo también con grata emoción una cupletista, natural de Vigo, que además de *viga* era traviesa y que se sabía *el relicario* mejor que Raquel y *el padrenuestro* mejor que muchos sacerdotes. Esta chica me la quitó un cobrador del tranvía de Pozas, después de una paliza tumultuosa en que *el cobrador* fui yo. No quiero omitir tampoco en estos veraces apuntes mis tres meses de pasión desenfrenada por una bailarina negra, a la que abandoné el día de la fiesta de la raza porque me dió vergüenza salir con ella a la calle en fecha tan señalada. Luego pensé que pude haberme quedado con ella en casa, pero cuando lo pensé era tarde. La negrita, que era más guapa que la que figura en las etiquetas de las botellas de ron y casi tan mona como el mono que se ve en las botellas de anís del idem, se fué de mi lado dejándome sin una peseta; es decir, que me quedé sin negra y sin blanca... Y, finalmente, estimo también digna de mención una viuda jovencita y preciosa que tenía la rarísima y meritoria cualidad de ser muda, pero que a pesar de eso se explicaba con una elocuencia que al lector más valiente, de los muchos valerosísimos que yo tengo, le hubiera puesto la carne de gallina. A mí, un hermano de ella me la puso, no de gallina, porque al verle con un garrote en la diestra se me puso espontáneamente, pero me la puso de ternera mechada que es igual de succulenta y comestible, y desde entonces estoy algo fofo y desfigurado, como ustedes podrían comprobar si me reconociesen, cosa que en medio de todo no creo necesaria porque ya lo han hecho los médicos y no hemos conseguido nada.

Pero para ser en todo superior a Tenorio, no tengo que avergonzarme de haber hecho desgraciado a ningún marido, salvo en un caso en que los encantos de una señora casada me hicieron quebrantar el juramento que había hecho de no destrozar ningún hogar decentemente amueblado.

Fué en la calle de Cabestreros y el año de la gripe, y si quieren ustedes más señas les diré que fué en la calle de Cabestreros, número 98, piso cuarto derecha. Mi amada se llamaba Juana y el esposo Felipe, como la pareja monárquica que ha immortalizado la Historia, pero en este caso Juana era la Hermosa, porque era retrecherisí-

ma, y Felipe era el Loco, porque se casó con ella sin ver que le iba a poner en evidencia a las primeras de cambio. Ya era un síntoma fatal el que ella le obligase a vivir en la calle de Cabestreros, aunque yo sé de buena tinta que él quería otro sitio todavía más escamante, que era la Plaza Mayor; pero, en fin, dejemos esto y digamos que Juana y yo confeccionamos un adulterio de lo más nauseabundo que el planeta ha contemplado y que fuimos felices hasta que un día fatal ocurrió lo que tenía que ocurrir: que el esposo regresó inopinadamente de un viaje en el Metro y nos cogió, con *todo comprendido*, como en los hoteles, en franca conversación festiva.

La escena fué horrible y de un dramatismo soviético.

Juana se echó a llorar como era natural y yo me creí en el deber de explicar mi presencia en aquella vivienda confortable:

—Soy profesor de francés y venía a proponer a la señora que tomase lecciones, que las doy a cinco duros

mensuales. ¡Una porquería, como usted verá!

A lo que me respondió el marido: —Caballero. Yo soy natural de Lyon y mi esposa sabe una de francés que atufa... ¡Haga usted el favor de salir inmediatamente y que yo no le vuelva a ver más por aquí!...

Y a esto contesté yo:

—Será usted complacido... No me volverá usted a ver más... ¡Y conste que hoy tampoco me hubiera usted visto si yo no me hubiese descuidado!...

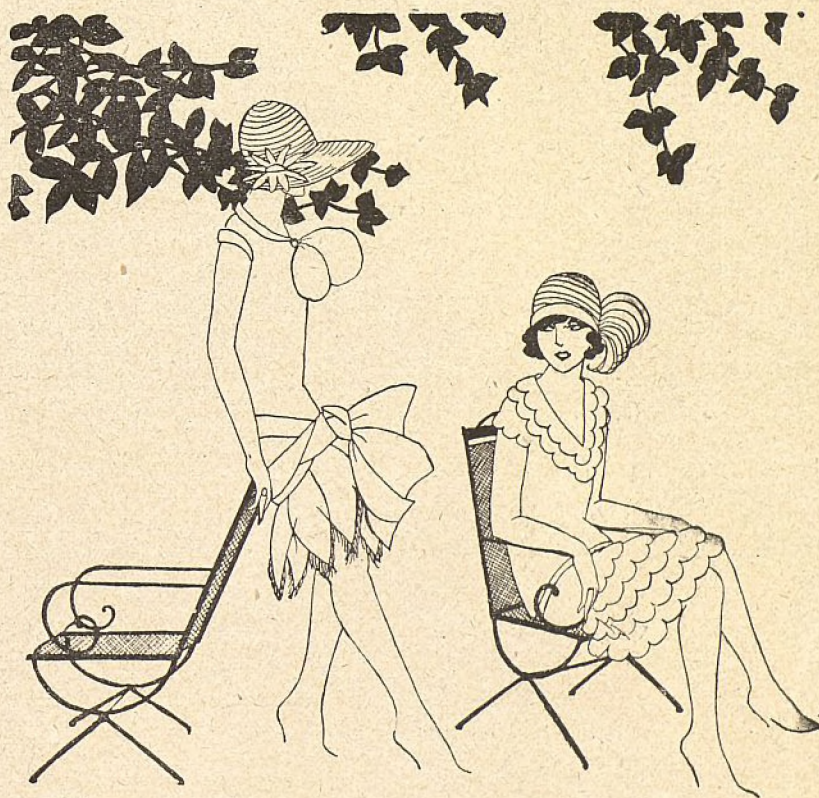
Y no dijimos más ni el uno ni el otro, pero fué tal la impresión que me produjo la tragedia que durante un año perdí la memoria, y mi casero puede dar fe de ello porque no me acordé de pagarle ninguno de los doce meses...

Soy seductor, es verdad, pero es una profesión que no deben envidiarme ustedes.

Cansa mucho y no da nada.

Y, cuando da, da fuerte y en la cabeza...

ERNESTO POLO



Jose xxx

—Voy a pintar y a blanquear mi casa.

—Píntala primero y después la blanqueas.

Dib. JOSEFINA PEÑALVER.—Madrid.



## COMEDIAS RAPIDAS

## LA MUERTE DE VORNOWIESKI

*Drama que no tiene más remedio que ser ruso y que tiene su acción en la lejana y refrigerada Moscovia*

PERSONAJES: Varios; no sé cuántos, pero desde luego, más de uno.

DECORACIÓN: Una casa perdida, como un transeunte extranjero, en la gran llanura nevada. Muebles y decorado apropiados al frío que hace. Bien visibles, un retrato del ex Zar, una oleografía de Santa Sofía y una vista de Lugo, visto desde la carretera.

Al levantarse el telón, en escena VORNOWIESKI y KATIA. VORNOWIESKI es un hombre de unos cuarenta años, eminentemente reumático. KATIA, una mujer de treinta que posee una de esas bellezas delicadas, que tanto se ven en los Sanatorios y en las Casas de Préstamos de nueve a once de la mañana.

*Empieza la acción.*



Dib. NOLITO.—Madrid.

—Dime, Jorge, si nos divorciamos, ¿sentirías que me volviese a casar?

—No.

—¿Y por qué?

—¡A qué santo había yo de compadecer a un hombre a quien no conozco!

KATIA.—Vete, Vora (1) ¡Vete! Pueden venir y sorprenderte.

VORA.—Sé que pueden venir de un momento a otro, y aunque viniesen y me sorprendieran, no me sorprenderían...

KATIA.—¡Vete, por Santa Olga de Pravia! ¡Vete!

VORA.—No me iré sin abrazarte de un modo hercúleo y sin tomarme una taza de samovar (2).

KATIA.—Precisamente está ahí hirviendo. (Va hacia una cafetera rusa y sirve una taza de su contenido.)

VORA.—¡Cruel destino el mío!

KATIA.—¿Te quejas de tu suerte?

VORA.—Me quejo de mi destino, porque estoy empleado, como sabes, en las oficinas de Trostky y tenemos mucho trabajo.

KATIA.—¡Tú, un zarista, empleado en las oficinas del hombre que le hundió en la nada!... ¡Oh, qué repugnancia!

VORA.—Sabes que estoy allí para espiar, para hacer lo que hacen todos los hombres píos y buenos que quedan en Rusia...

KATIA.—¿Y Natacha Ruvalév, para qué está allí?

VORA.—Natacha también es buena y también es pía.

KATIA.—¿Y ha descubierto algo?

VORA.—Ha descubierto que tiene dos canas más que el año pasado.

KATIA.—¡Ay! Todos envejecemos rápidamente bajo este régimen bolcheviki...

VORA.—Para que luego digan los médicos que el régimen es excelente para criarse sano... (Confidencial.) ¿Sabes lo que le ha ocurrido a Iván Petroff?

KATIA.—¿Qué?

VORA.—Le han deportado a Siberia.

KATIA.—¡Dios mío! ¿Y por qué causa?

VORA.—Por nada. Han buscado un pretexto ridículo para conseguirlo. Le acusan de haberse dedicado única-

(1) Vora, diminutivo ruso de Vornowieski.

(2) Para saber lo que es el samovar, vayan ustedes a Rusia.



mente a los deportes, sin apoyar con su intervención la causa del bolchevikismo.

KATIA.—¡Qué vileza! ¡Deportarle por deportista!

VORA.—¡Calla! No hables alto... Las paredes oyen, oyen muchas tonterías, pero oyen... y si alguien se enterase de que aquí aún reverenciamos la memoria del Padrecito... (1)

KATIA.—No me recuerdes lo de la memoria... Tómate el samovar y ve-te, Vora... ¿Has traído el trineo?

VORA.—Está ahí fuera.

KATIA.—¿Traes muchos perros?

VORA.—Traigo catorce atados al trineo.

KATIA.—Has debido traer algunos perros sueltos por si tenías que cambiar el tiro.

VORA.—Yo no cambio nunca y por lo tanto no necesito llevar perros sueltos.

KATIA.—¡¡Silencio!! (Hace como que escucha un ruido que viene del exterior.)

VORA.—¿Qué pasa?

KATIA.—¿No oyes ruido?

VORA.—Serán mis perros, que cuando tienen hambre, se comen unos a otros las orejas.

KATIA.—Es que creí haber oído pisadas... ¡¡Oh!! (Da un grito horrendo, porque la puerta acaba de abrirse y en el umbral se ha dibujado la figura del comisario rojo PUCHERIN, seguido de catorce guardias.)

PUCHE.—¿No me esperábais?

VORA.—¡Pucherin!

PUCHE.—¿El ciudadano Alejo Vornowieski?

VORA.—Yo soy.

PUCHE.—Traigo orden de fusilaros.

VORA.—Pues a la orden.

PUCHE.—¿Qué?

VORA.—Que estoy dispuesto.

KATIA.—¡Vora! ¡Vora!

VORA.—Achántate y calla, Katia. Quiero que vean estos renos del Volga cómo fallece un antiguo zarista. ¡Viva Gogol!

PUCHE.—¡Prevenidos! (Los soldados apuntan con sus fusiles a VORNOWIESKI.)

KATIA.—¡Vora! ¡Huye!

VORA.—Nunca. Huir es de gacelas. Yo debo morir, porque es lo único que me falta por deber...

PUCHE.—¡Fuego! (Suenan una descarga herméticamente cerrada.)

VORA.—(Cayendo.) ¡Muero! (Se retuerce y expira.)

PUCHE.—(Volviéndose, a los soldados.) ¿Véis si es idiota? Se ha creído de veras que traíamos orden de matarlo y no ha sospechado que lo que queríamos era apoderarnos de su trineo. ¡Pronto! ¡Al trineo! Tocamos a dos perros por cabeza... (Hacen mutis, mientras KATIA llora, abrazada al cadáver de VORNOWIESKI.)

TELÓN

EL LECTOR.—¿Dice usted que eso es un drama ruso?

Yo.—Sí, señor. ¿Verdad que estre-mece?

EL LECTOR.—¡Es espantoso!

Yo.—Pues ya ve usted, luego aún habrá quien diga que yo no he estado en Rusia... ¡Estoy más harto de injusticias!...

EL LECTOR.—¿Qué vamos a hacerle! En fin, le convido a usted a un ver-mouth.

Yo.—Bueno, pero que sea con anchoas.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Petrogrado (Rusia).



Dib. CASTANY.—Barcelona.

—¿Qué le parece?

—Le encuentro el gesto algo agriado.

—Pues le advierto que es un pastel reciente.

(1) Nombre dado al Zar en Rusia. Véase la "Historia de la Incongruencia Rusa", de Peterew.

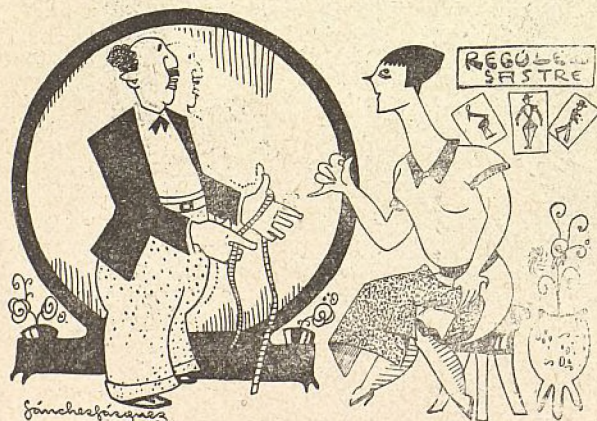


## COLECCION DE CALAMIDADES



Dib. BERNARD.—Paris.

—Lo que me choca es que tu madre consienta que te cases con Raúl con la antipatía que le tiene.  
—Pues por eso; está deseando ser su suegra.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga,

—Pero, maestro, va usted a salir con el trabajo que tenemos.  
—No, no salgo.  
—Hombre, porque he visto que tomaba usted el metro.

Paseando una tarde por el Prado  
un perro dió un mordisco a don Conrado.  
Corrió a casa a curarse el infeliz  
y, al subir la escalera,  
yo no sé de qué estúpida manera  
resbaló y se hizo polvo la nariz.  
Al fin llegó a su casa malamente  
con la faz descompuesta.  
y para fin de fiesta  
cayó encima un jarro de agua hirviendo  
y le abrasó la testa...  
Por eso cuando yo veo a un amigo  
y recuerdo este drama así le digo:  
—Si puedes, no te halles  
jamás en casa y menos en las calles...

\*\*\*

Un quintal, nada menos, de tocino  
comióse por apuesta don Rufino  
y tal fué el colicazo que le dió  
que a los cinco minutos reventó.  
Sirva de ejemplo a muchos usureros  
y a muchos negociantes  
y a no pocos honrados caballeros  
que se comen lo de sus semejantes...

\*\*\*

—¿Sabes, Luis, que al fin ha hecho Romeral  
una comedia que es original?  
—No lo dudo, Serén,  
que sea original... ¿Pero de quién?...

\*\*\*

Lucía se casó con un cesante  
por tener éste un tipo interesante,  
y ahora está echando chispas la mujer  
porque no tienen nunca que comer.  
La socia que no sea una chicuela  
no debe ver la vida cual novela.  
Hoy con eso no basta.  
¡Bien están las novelas, pero en pasta!...

\*\*\*

Al ir a pretender un buen empleo  
riñó con un rival Lucas Romeo,  
pero el otro aspirante  
era más fuerte y más descacharrante  
y le largó tan fiero bastonazo  
que le hizo al pobre harina el espinazo.  
Por eso hacen muy mal  
los que sueñan con una credencial,  
pues si murió Romeo, mi vecino,  
culpa suya no fué. ¡Fué del destino!...

PERANZULEZ



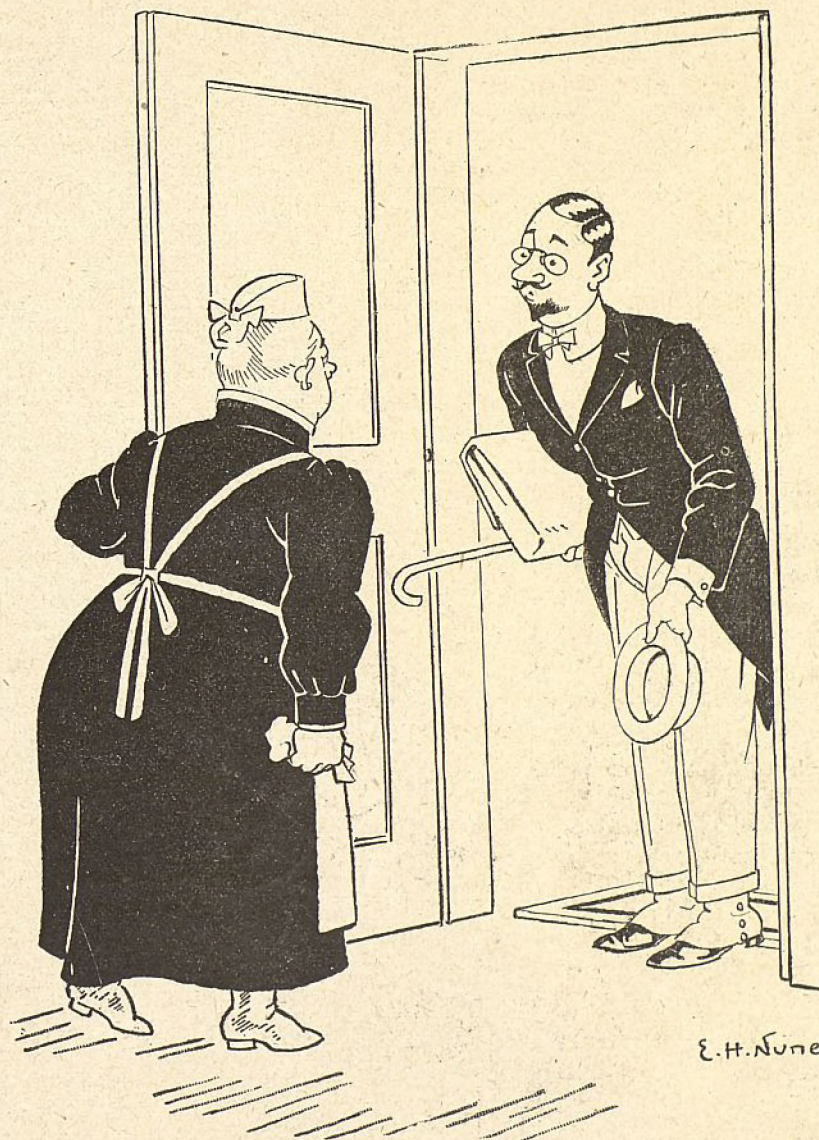
# ¡TRISTES DESPOJOS!

El Consejo edilicio  
del Matadero  
ha acordado hace poco  
(según infiero  
de lo que los diarios  
punto por punto  
han dicho en sus columnas  
sobre el asunto)  
que paguen más dinero  
las cocineras  
por los ricos despojos  
de las terneras,  
los cochinos, las vacas  
y los corderos,  
porque así lo han querido  
los ganaderos.  
Claro está: los que suelen  
vender hoy día  
sanguinolentas piezas  
de casquería,  
ahora, por medio kilo  
de hígado oscuro  
querrán seguramente  
cobrar un duro.  
Y hoy por objeto tienen  
(aunque sencillas  
y a falta de otro asunto)  
mis seguidillas  
decir a las señoras  
que no se asusten  
ni se mesen los pelos  
ni se disgusten  
cuando a sus servidoras  
pida el casquero  
por la lengua y las patas  
mucho dinero.  
Di, lector, ¿no han subido  
cuanto tú catas:  
corazón, sangre, bofes,  
manos y patas?  
Pues la ganancia puede  
tener segura  
todo aquel que posea  
gran *asaúra*,  
y verás cómo alguno  
su suerte alcanza  
sólo echando los bofes...  
en la balanza.  
En cambio, el alza llora  
Juana Revilla,  
que no da a sus pupilos  
más que cordilla,  
y hoy, que ven que ha subido,  
ya más de uno  
teme, sin ser cuaresma,  
días de ayuno.  
¡Quién iba a imaginarse  
que, sin reparos,  
iban los corazones  
a estar tan caros

cuando hay plétora de ellos  
que me dan grima,  
pues no valen... ni aun dando  
dinero encima!...  
Más no está entre las cosas  
nuevas y extrañas  
la elevación del precio

de las entrañas,  
pues ya inició tal alza,  
sin discusiones  
el que dijo: —“¡Elevemos  
los corazones!...”

JUAN PEREZ ZUNIGA



Dib. NUNES. — Cruz Quebrada.

—¿El señor Gutiérrez está en casa?  
—Sí, señor.  
—¿Puedo hablar con él un momento?  
—Lo siento mucho, pero no es posible; ha muerto esta mañana.



# COMO BUEN CABALLERO...

En el *hall* del hotel, don Armando Va detorres, el tronado barón de Robacaría, embutido en un traje negro de americana, un tanto desvaído, aguardaba la llegada, ya inminente, del cortejo nupcial.

Distraíase contemplando a través de los ventanales cómo en el surtioso comedor frontero los atrafagados mozos, de correcto frac, daban, bajo la dirección del *maitre*, el último toque al pergeño de las mesas, ante las que los invitados al *lunch* entregaríanse en breve a un honesto esparcimiento.

—Dios me perdone—masculló—, pero estoy por creer que esos bergantes llevan el frac con más soltura que mi Armandito. Y menos mal que algo me consuela la certeza de que sus amigos son tan desgachados como él... ¡Qué chicos! No tienen maneras. Ojos que me vieron hace veinte años... ¡Ah, tiempos, tiempos!...

Y el noble caballero se sumió en el abismo de sus recuerdos juveniles.

\*\*\*

Tronchó sus cavilaciones la presen-

cia de la propietaria del establecimiento, doña Rosario; una cuarentona más larga que diez leguas a pie, y que, por lo bien conservada, merecía se le dicesen cuatro palabritas en la primera ocasión propicia.

—¿Qué se hace, don Armando?—inquirió, amable.

—¡Pss!—se dignó contestar el interpelado—. Aquí, en espera de la boda. Pura curiosidad... He elegido buen sitio, ¿no?

—Inmejorable.

—Y diga usted, doña Rosario—sondeó él—; estando como están invitadas las autoridades y la crema de nuestra sociedad, el ágape será suculentísimo, ¿eh?

—¡Oh!—ponderó ella—. El más espléndido que mi acreditadísima casa haya servido desde su remota fundación. Es de significar—continuó—que asisten el gobernador civil y el militar, con sus respectivas familias; el presidente de la Audiencia, con la suya; el alcalde; el director del Instituto; don Carlos Caravana, el ban-

quero; el delegado de Hacienda, don Juan Jordán, don Ulises Palomares... Resumiendo: la flor de la vida social.

—Plebeyos..., plebeyos...—despreció *in mente* el aristócrata—. Mucho dinero, mucha faramalla y poca alcurnia.

Y seguidamente, dirigiéndose a su colocutura.

—¡Magnífica gente, magnífica!—encomió—. Lo más *chic*, lo más selecto... Ya hará usted buen agosto, piaron.

—Así, así—evadió la dama. Y añadió a guisa de despedida:—Vaya, voy a ver cómo anda esto.

Y, alejándose, musitó:

—Este buen señor, donde olfatee condumio es un mojón, pero, al menos esta vez, me parece que ayuna.

Mientras, el mojón, reanudaba su monólogo.

—¡Caray, caray! ¡Qué suntuosidad! ¡Qué derroche! La cosa va a estar mejor de lo que yo pensaba... ¡Lástima que dejara escapar oportunidad tan excelente!... Pero ¡quía! Verme aquí e invitarme todo es uno. Evidentemente, estos don nadie enriquecidos se ven y se desean por alternar con señores de una estirpe tan preclara como la mía. ¡Pobrecillos!...

V agregó, tras un suspiro de satisfacción:

—¡Aún hay clases!

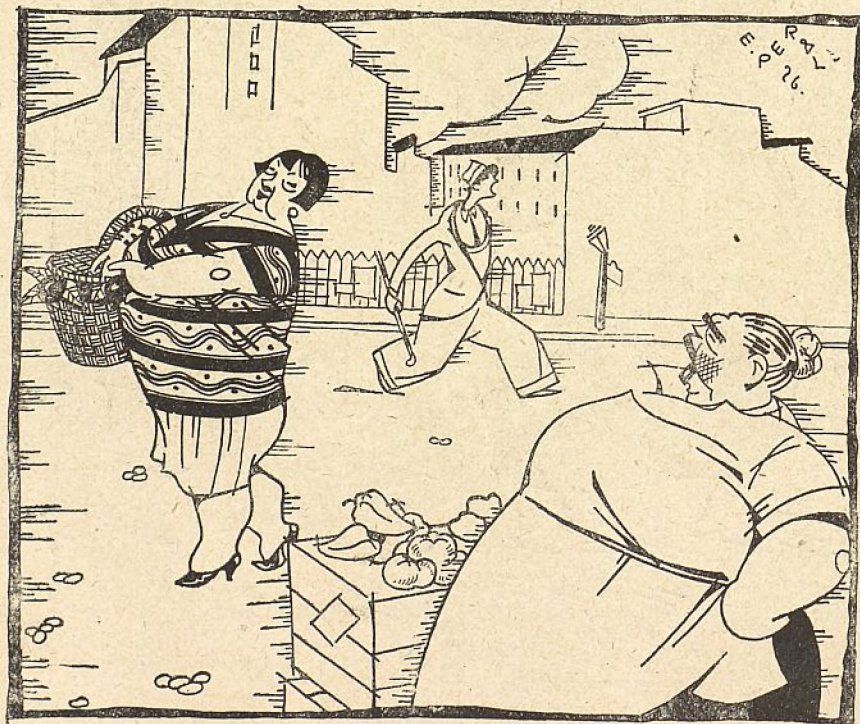
\*\*\*

Fuera, en la calle, gritos, bocinazos, un intenso rumor de muchedumbre, anunciaron el arribo de la comitiva. Y don Armando irguióse majestuoso en una estudiada postura.

Desembocaron en el *hall* los recién casados: muy linda y vaporosa ella, entre sus albas vestiduras floreadas de azahar; muy apuesto él, luciendo el gayo uniforme de húsar de la Princesa, y, en la bocamanga, la estrella de comandante. Pasaron juntitos, silenciosos, embebecidos, sin dispensar la menor atención a la reverencia, eminentemente versallesca, que les tributara el aristócrata.

—¡Bah!—excusó éste—. Ni me han visto siquiera. ¡Claro! Van hechos una jalea... Recuerdo que yo, en trance análogo, dejé con la mano en la atmósfera a mi primo Luis Antonio, que se acercaba a felicitarnos. ¡Tenía las mías tan ocupadas!

Irrumpieron en tropel bullicioso los



Dib. PERALS.—Castellón

—¡Bárbara! ¡Bestia! ¡Grulla! ¡Guarra!  
—Y yo Juana Pérez y Rodríguez.



concurrentes a la ceremonia matrimonial; pizpiretas jovenzuelas, sesudas mamás, estirados paisanos, finchados militares; profusión de colorines, joyantes trajes y aludos sombreros femeniles, ridículos chaqués, vistosos uniformes, los negros hábitos del cura castrense; golpear de bastones, arrastrar de sables y espadines...

Y uno tras otro, riendo, comentando, desfilaron, bajo el chaparrón de reniegos del perínclito sujeto, que, al verse desdeñado, los ponía de oro y azul.

—¡Esos belitres!—tronaba—. ¡Mentecatos! De sobra han advertido mi presencia; pero quieren darse importancia. ¡Bellacos! ¡Zopencos! Y muertecitos por invitarme, de seguro... ¿Qué se puede esperar de unos entes sin ilustración? ¡Mamarrachos!...

Y después de una pausa:

—¡Hola! Ahí viene un militar rezagado... Un coronel de Estado Mayor... Y me ve... ¡Y se dirige hacia mí! Se comprende que es una persona distinguida. Las personas distin-

guidas nos conocemos a la primera ojeada.

Y desfloró la más almibarada de sus sonrisas para recibir al arrogante jefe, quien, tras una leve vacilación, se despojó del casco y el sable y, alargándoselos al barón:

—Oye—le ordenó—, cuelga eso en cualquier parte.

El pobre don Armando, aturdido, apabullado, asíó, en un movimiento inconsciente, las guerreras prendas, y con una en cada mano, luego de dar mil vueltas como un imbécil, se encaminó al perchero donde, antes de colocarlas, las dejó caer al suelo, con gran enojo de su dueño, que gritaba:

—¡Pero, mastuerzo! ¿Estás en tu juicio?... ¡Qué mozos estos!... Limpia el casco, hombre, limpia el casco... Así... Bueno, toma.

Y, depositando una peseta en la diestra del corrido caballero, penetró con farfanton continente en el lugar de la manducatoria.

Aquello, acabando de anonadar al prócer, lo hizo desplomarse en un bu-

tacón, medio desvanecido de asombro y de vergüenza.

—¡Me han confundido con un mozo!—clamaba—. ¡Qué oprobio!... ¡Si se supiera en mi pueblo!... ¡Y esta peseta!—estallando—. ¡Esta peseta es lo que más me indigna!... Por sabido, esto no puede quedar así. Ese militar me ha ofendido, y yo sé cómo se ventilan tales cuestiones entre caballeros, que no en vano descendiendo de cien esforzados y celeberrimos paladines. Más, ¿qué hacer?

Permaneció un instante pensativo, con la testa entre las manos. Súbito incorporóse, radiante el rostro, ligero el ademán.

—Ya está—exclamó alborozado—. Llamaré a un sirviente.

E hizo vibrar un timbre, a cuyo conjuro surgió un botones.

—Ven acá, briboncete—lo requirió campechano—. Coge esta peseteja y tráeme un tabaco de noventa céntimos. Puedes quedarte con la vuelta.

VALENTIN VALENCIA



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—Perdone joven. ¿Quiere hacerme el favor de ras-  
carme en la oreja?



Dib. GORI.—Valencia.

—...me llamo María...  
—Igual que las galletas, ¿no? ¡Ya decía yo que  
usted estaba comestible...!





Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Por qué no dejas los melones fuera, Higinió?  
—Porque como siga lloviendo van a amanecer todos cala dos.

## ¡QUE COSA TAN RARA!

Estoy contento: felicítadme por la noticia que os voy a dar, pues de antemano tengo por cierto que el conocerla os alegrará.

No es que me haya tocado el gordo (¡ay, si pescase el de Navidad!), ni he descubierto la cuadratura, ni un pedrusquillo filosófico.

Pero otra cosa sí he descubierto que en mí llevaba de tiempo atrás y hace un instante se me ha mostrado con meridiana diaphanidad; es lo siguiente, ni más ni menos: ¡no tengo ganas de trabajar!

Dicho así, en forma tan lisa y llana, es harto simple y harto trivial, mas no lo es tanto la consecuencia que de tal hecho se ha de sacar, porque demuestra palmariamente que estoy en plena normalidad.

Ved mi argumento: según la Física

es matemática ley general que todo obre tendiendo siempre mínimo esfuerzo a desarrollar; ¿por qué los rayos de luz no marchan en caprichoso, grácil zig-zag, y por qué un cuerpo que libre cae sigue fielmente la vertical...?

¡Porque les cuesta menos trabajo! —dicen los sabios—. Pues claro está que nuestros *cuerpos* y nuestras *luces* por esa norma se regirán (la cual, merece doble homenaje puesto que es *ley* y es *general*); y así, notando que la *galvana* de mí se adueña, suave y tenaz, ya no lo achaco ni a la apatía ni a la vagancia; no es nada más que acatamiento ciego a las leyes: ¡legal y estricta normalidad!

También hay otro frecuente caso que mi teoría confirmará:

el hombre sano, sueña placeres, autos, riquezas..., en fin, holgar; en cambio, el misero postrado en cama con algún grave crónico mal, habla afanoso de arduas empresas que cuando sane, realizará: ¡yo, por el síntoma que he descubierto, muy saludable debo de estar...!

Pero ¿qué es esto...? ¿Pues no tra-  
[bajo sin darme cuenta? ¡Voto a Caifás!

¿Luego no es cierta la consecuencia que yo deduje con tanto afán...?

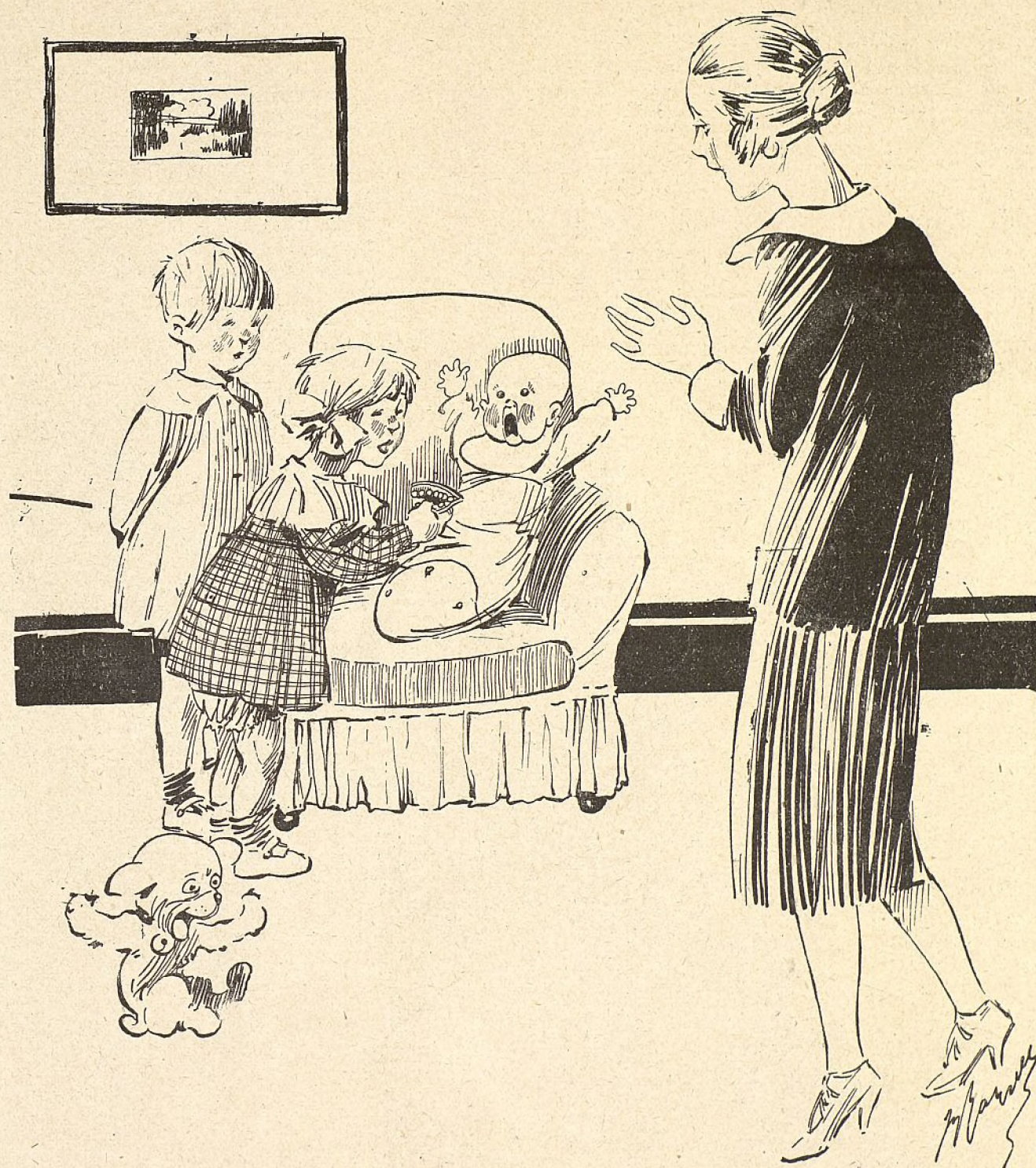
¡Algo me ocurre...! ¡Pronto, un ga-  
o una galena, lo mismo da! [leno,

¡Compadecedme, que estoy muy  
yo que detesto la *gravedad*...! [grave

Tan feliz antes, y ahora alarmado:  
esto me pasa por trabajar!

MIGUEL A. CALVO ROSELLO





—¿Qué hacéis con el niño y la dentadura del abuelito?

—Nada, que le estamos poniendo los dientes largos.

Dib. RAMÍREZ.—Madrid



# SEA USTED BUENO, PARA ESO

No tiene que ser martes ni trece para que a uno le acontezcan cosas desagradables. Y si no, ahí está la que me ocurrió el otro día. Acababa de pasar yo por delante de una taberna, cuando sentí que un individuo, regularmente trajeado, de rostro encendido y andar vacilante, me cogía de un brazo y me decía:

—Espérate, hombre, espérate. No acerques, digo no aceleres el paso.

El hombre necesitaba un punto de apoyo para no venir al suelo; y ya que

nunca he salvado a una persona caída al agua, acepté la oportunidad que se me presentaba de salvar a una persona caída al vino. Aguanté, pues, la arremetida y confieso que hasta me distrajo la charla del beodo:

—Ya ves tú —me decía— a mí me pasa al revés que en los cuentos; porque en los cuentos siempre hay un padre que tiene tres hijos...

—Y tú, a lo mejor, tienes tres padres —le dije, abusando de su situación y para tomar venganza de

la molestia que me producía su aliento.

—No, no es eso. Es que en los cuentos, el hijo mayor siempre es un granuja, el mediano un canalla y el pequeño un bendito.

—Es verdad.

—Cuando se muere el padre, el hijo mayor pide el dinero, el mediano las joyas y el pequeño se conforma con heredar la virtud de su papaito.

—Tienes mucha razón.

—Bueno, pues el pequeño es el que se casa con la hija del rey y comen perdices y viven felices. En cambio, los otros dos las pasan negras, por granujas. Al mismo Adán le pasó algo por el estilo con sus dos chicos, Caín y Abel: que al mayor le dió por trabajar y al pequeño por irse a misa. ¿Es o no es?

—Sí, hombre, sí: así es.

—Pues a mí me pasa todo lo contrario. Mi hermano mayor es un ángel, lo que se dice un ángel, un ángel de marca mayor, que no hay por donde cogerlo, de virtuoso. Mi hermano el mediano es más bueno que el pan. (¡Mira que decir que es bueno el pan!). Es más bueno que el vino, y el hombre se pasa la vida trabaja que te trabaja para dar de comer a su mujer y a la mujer de otro. Lo que se dice un santo. Y yo, yo que soy el chiquitín de la casa, con cuarenta años auestas, no sirvo para nada bueno. Yo no merezco casarme con una princesa, porque después de ti, no hay otro más golfo en el mundo. Lo más, lo más, podría casarme con la hija del rey del morapio, que será algún *musiú* de los Estados Unidos, como ese que se llama Roque Felle. Eso es lo que a mí me cumple.

—Pues, nada, ¡duro y a la cabeza!

—A mí no me interesa la política —me dijo cambiando de conversación.

—Hombre, ya me lo figuro; no tienes facha de ocuparte de esas cosas.

—A mí me tiene sin cuidado que se arme o no se arme. A mí lo único que me importa es que nos salga bueno el melón que nos vamos a comer en las Vistillas.

—En eso estás al día. Sois muchos.

—¡Que si somos! ¿Cuándo se han visto mujeres más guapas que hoy



Dib. BAL.—Madrid.

—¡¡Señorita!! Que llevo tres horas pidiendo comunicación y no me contestan. ¿Es que tengo que esperar a que se instale el teléfono automático...?



día?—me preguntó, pasando a un nuevo tema.

—Nunca.

—Pues eso es lo que hace falta. Un régimen democrático de carnes frescas y saladas. ¿Es o no es? A mí la política, plim.

Por loable que fuera mi obra de caridad al sostener al curda, no dejaban de azararme las miradas de los transeúntes, y le pregunté a mi hombre, dónde quería que lo dejara, asegurándole que le depositaría con cuidado y poco a poco, hasta que estuviera bien acostado.

—¿Ahora me sales con esas?—me preguntó indignado—. ¿No hemos quedado en lo del melón y en que después del melón vino en porrón? Si tú te vas a la porra, yo me voy al porrón.

Sin duda, el individuo, que estaba

en el paroxismo de una curda superlativa, en el doctorado de una melopea absoluta, se había colgado de mi brazo creyendo agarrar el de algún fraternal colega. Resolví, pues, abandonarlo a su suerte y apoyarlo lo mejor posible en una cartelera de teatros, en calidad de espectáculo; pero cuando ya iba a soltar el paquete, se nos echó sobre la espalda otro sujeto, cuyo equilibrio ofrecía menos seguridades que el del anterior. Se encaró con mi beodo y le dijo severamente:

—Pero, oye, tú, filisteo, troglodito, multicopista, "made in Lavapiés", ¿te parece bonito dejar solo, en Madrid, a un amigo de la infancia que ha conocido a tu madre y puede asegurar que la has tenido?

—¿Qué me dices?—preguntó mi hombre—. Pero, ¿no eras tú el que te apoyabas en mí? ¿No es a ti a quien

yo llevaba? Entonces, ¿quién es este tío? ¿Quién es este sinvergüenza? ¿Por qué presume de conocerme? ¿Quién le manda sostenerse en mí, como si yo hubiera bebido para él?

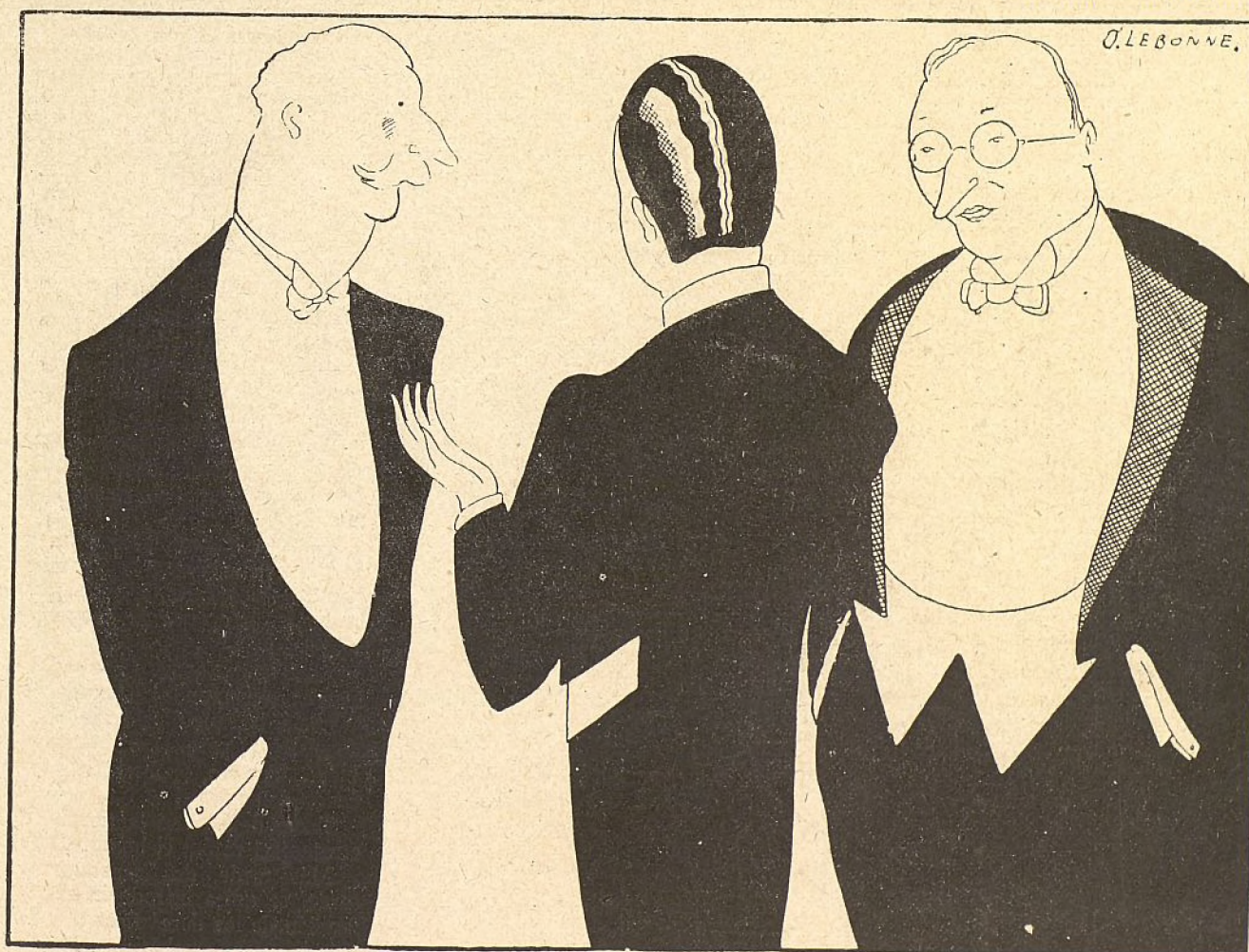
Se abrazaron llorando y el primero de ellos se dedicó a escandalizar la calle, dirigiéndome los más agresivos, burlones y estrafularios insultos. No me perdonaba que yo hubiera pretendido pasar por amigo suyo y se obstinaba en llamar a un guardia.

—Le advierto a usted—le dije al recién llegado, que parecía más razonable—que soy un escritor.

—No importa, me dijo en tono indulgente. Eso no justifica los gritos de este bárbaro, porque tiene usted una cara que inspira confianza.

Y entonces salí corriendo, porque ya empezaba a juntarse la gente.

RAMIRO MERINO



—¡Enhorabuena! ¡Nos han dicho que se casa usted!

—No, si no me caso.

—¡Ah! pues entonces, enhorabuena.

Dib. O. LEBONNE. — Madrid.



# FABULAS DE THOM

El primitivo Thom sentía grandes aficiones por los animales. Y como se alejaba del tiempo de Adán, sólo lo que nosotros de Carlos II, no decía, como los de hoy:

—Me gustaría tener mis gallinitas, y mis conejitos, y mis palomitas.

El decía:

—Me gustaría tener mis avestruccitas, y mis elefantitos y mis culebritas.

Ahora que, las fieras, tan mansas en el Paraíso, ya se iban enfureciendo poco a poco, de generación en generación. Y si aún eran algo tranquilas, ya rugían.

Entonces Thom pensó en elegir los animales domésticos. Esperar una generación más tal vez fuese tarde, y no se conseguiría retornarlos a la paz. Podría tenerse un perro domado, como hoy un león domado. Pero siempre casos aislados.

Thom se encargó de seleccionar. El tigre le pareció demasiado grande; si se limpiaba las uñas en el sofá, como los gatos... ¡pobre sofá! El mono y el hombre se tenían celos y envidias.

El cuervo, en familia, se iba a poner muy contento cuando el cartero trajera esquelas de defunción. La mariposa doméstica... iba a parecer de trapo...

Total, que eligió el perro, la culebra, el pez de colores y la sanguijuela.

Un silbido no bastó para llamar al can; no hizo éste caso; aún no sabía el significado.

Entonces le tiró del rabo—asa primitiva—y aquel perro, que se llamó *Lucero* (¡ya!), enseñó los dientes. ¡Adiós! ¡A que era tarde, y no iba a conseguir un animal doméstico!...

Pero pensó en un magnífico procedimiento. ¿No es animal doméstico el que puede vivir la casa del hombre? Pues bien: esperó a que el can se durmiera, y levantó unas tapias a su alrededor, y las puso tejadillo, y pintó balcones; como una casa de muñecas.

No hizo una guarida de aquellos mismos tiempos, porque había que pensar en el porvenir. Además, un perro no hubiera extrañado una guarida, seguramente.

El caso es que el animal salió domesticado, aunque con reuma: un reuma muy doméstico, también.

Luego le tocó el turno a la culebrita, que ¡qué bien correría a su tiempo por los pasillos de los grandes hoteles internacionales!...

El reptil se quedó dentro, bien cerradito. Pero he aquí que había entre dos piedras un ínfimo agujero, visible desde dentro a las once y cuarto de la mañana porque entraba un rayo de sol en tal momento, y la culebra, escurridiza como la gota de mercurio en libertad, patinó maravillosamente sin que se enterara Thom.

No Thom; pero sí el ratón. El cual asomó su ojillo, y no vio nada. Y luego la naricilla... y eso nos perdió para siempre. Se comió dentro la comida del reptil, se hinchó, no pudo salir, y cuando abrió Thom, salió el ratón, animal doméstico implacable.

Otro: ¡Qué linda música; la de los colorines de los peces inquietos! Por una confusión de ideas y conceptos—la música, el decorativismo, el mismo familiar, la inutilidad y la agilidad de movimientos—Thom hizo una jaula como para un canario, metió el pez, y lo colgó al lado de un balcón pintado.

El pez se puso triste, seco, yerto. Y a Thom “se le vió la antena” cuando exclamó confundido:

—Tuyo es el azul; tuya es la libertad—y abrió la jaula al pez... que había muerto.

Ya no quedaba si no la sanguijuela, clasificada, además, como inútil. Y la cerró en la casa. Pero quedaba sin comida.

Entonces Thom llamó a un vecino, le rascó la cabeza y le dió miel para “hacerle la pelotilla”, y le metió en la casita, para que la sanguijuela se alimentara.

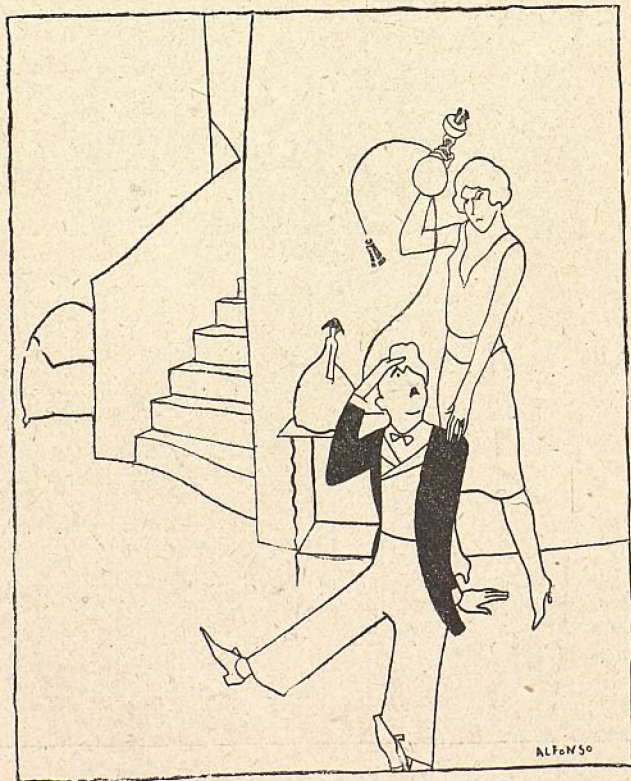
¡Qué importancia tiene ésto en la marcha del mundo! Cuando la casa se abrió, la sanguijuela era un animal doméstico; pero... el hombre también... Por eso, ¡pobres, los otros animales domésticos!

Thom dejó sobre la tierra esas dos erratas: el ratón, el hombre.

Más tarde, dos generaciones más tarde, se quiso introducir en la clasificación de los domésticos al gato y al guirria, para combatirlos. Mas ya era tarde. Hay un refrán que reza: “No te fíes de los gatos, etc., etc.”

Ya era tarde, sí.

ANTONIO ROBLES



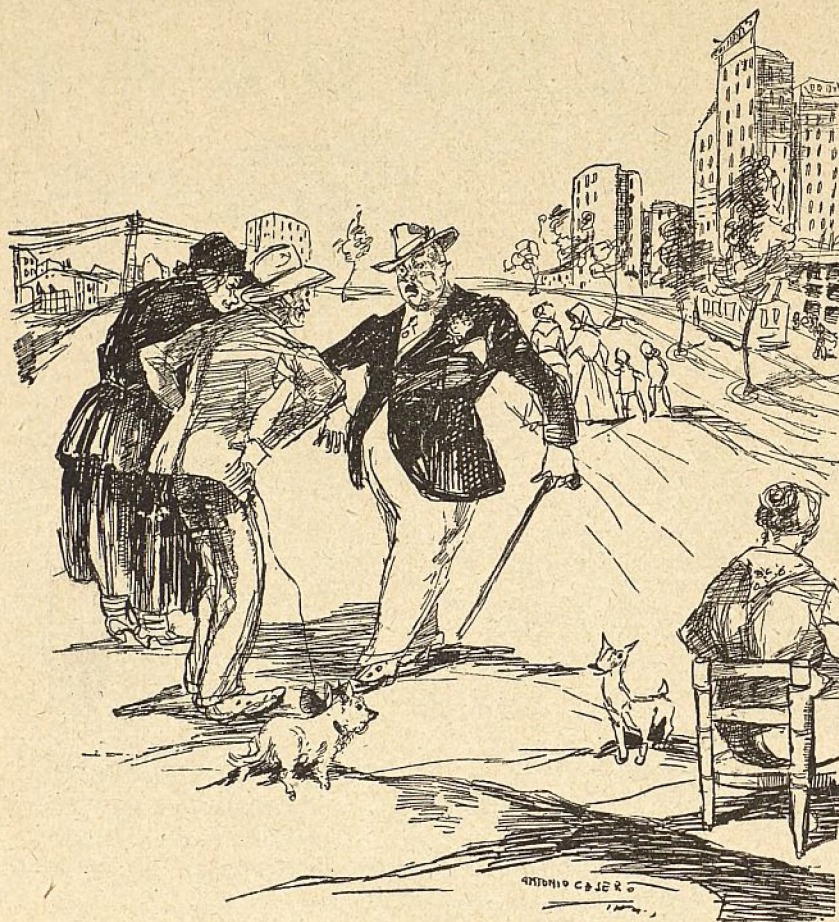
Dib. ALFONSO.

—Otra vez, cuando te pongas furiosa, avisa.  
—¡Te parece poco aviso un golpe de teléfono!



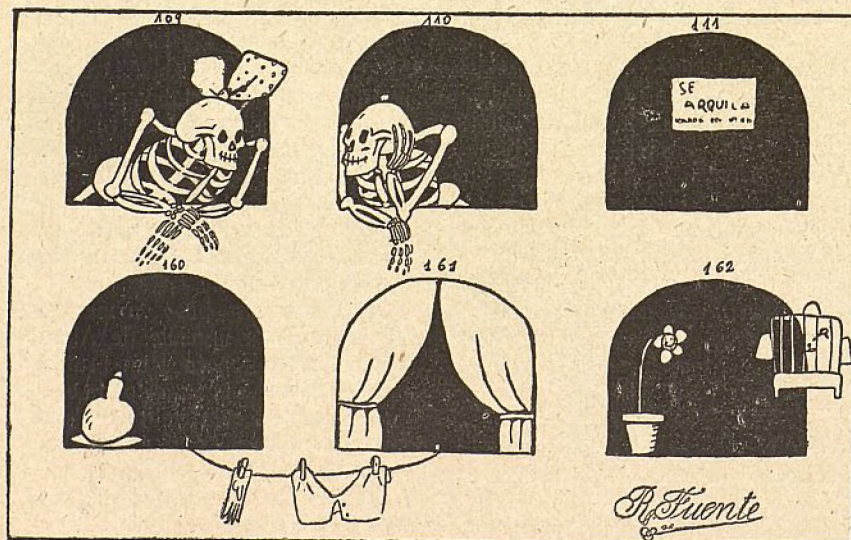






Dib. CASERO.—Madrid

—¡Caramba, don Homobono! ¡Se está usted echando a perder!  
—¡¡Recadáver!! ¡Es que huelo tan mal!...



Dib. FUENTE.—Madrid.

Ella.—¡Me amarás siempre?  
El.—Sí; toda la vida.

mos buenos aficionados y nos consultamos con la mirada. Decidimos, no sin algún escrúpulo, subir a presenciar la fiesta y que el entierro nos aguardase mientras tanto. ¿Qué más nos daba enterrar al pobre Saturio unas horas antes que unas horas después? Tomamos un palco, pero como por un lado, nadie quería prescindir de ver la corrida, y, por otro, nos era violento dejar solo el cadáver, decidimos coger el ataúd y subírnoslo con nosotros. El coche quedó esperando abajo.

La corrida transcurrió en medio de la mayor animación y alegría. La faena que en su segundo toro verificó el "Niño de los Sifones" fué de lo que se dice abracalabrante. Dió más pases que da en un año la Compañía de Tranvías y acabó con una estocada en lo alto que le hizo doblar al toro como si hubiera sido un campanero.

La ovación fué inenarrable, ensordecedora, entusiástica. Llovían al redondel sombreros, americanas, habanos, pitillos, ligas para caballero, etcétera. Un espectador, en el colmo del frenesí, cogió a un acomodador y lo arrojó al ruedo.

El "Niño de los Sifones", que daba la vuelta a la plaza devolviendo prendas, fué objeto de una ovación indescriptible al pasar ante nuestro palco. En el paroxismo de la emoción, le arrojamos cuanto teníamos. En un instante, nos quedamos sin americanas, sin chalecos, sin relojes, sin nada. Y el "Niño de los Sifones" seguía saludándonos sonriente y amable.

Nosotros no podíamos arrojarle más; es decir, sí, podíamos arrojarle a Saturio.

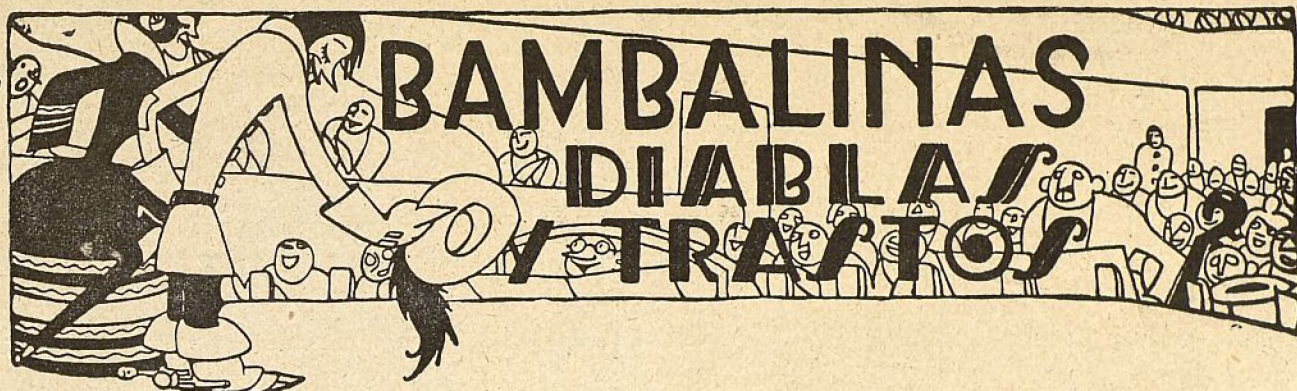
No lo pensamos mucho. Entre todos, cogimos la caja y, después de mecerla para tomar impulso, la lanzamos al ruedo entre los apíausos delirantes del público.

Y entonces sucedió una cosa imprevista; al llegar a la arena el ataúd, se hizo mil pedazos y, de su interior, surgió un hombre que echó a andar tranquilamente. Era Saturio Peribáñez, que no había muerto, sino sufrido un ataque de catalepsia del que el porrazo le hizo despertar.

Todos nos alegramos mucho de su resurrección; todos menos él. Era muy miserable; había satisfecho su entierro por adelantado y la perspectiva de volver a tener que pagárselo no le hacía maldita gracia.

MANUEL LAZARO





### En Eslava.—«Aventura»

Comentábamos en un grupo el estreno del joven y afortunado autor Suárez de Deza, feliz éxito en Eslava de la compañía Meliá-Cibrián. Un señor, a una cuarta del grupo, se dedicó a espiar nuestra conversación. Nos retiramos. El señor, al poco tiempo, se encontraba de nuevo al lado de nosotros, haciendo como que miraba a la atmósfera; síntoma inequívoco. En cuanto alguien se hace el distraído en esa forma, como siguiendo por el espacio el vuelo de una mosca, no hay que dudar: está espiando y quiere despistar con disimulo.

¿Quién era el tal caballero? ¿Un investigador, simplemente? ¿Un opinante escrupuloso que quería contrastar su opinión con la opinión de unos prójimos? ¿O, más bien, un profesional, un auditor de la Armada, de una Armada de Salvación, especie de Somatén del Soplo que forman en todos los teatros los amigos de autores y de empresas?

Las empresas, sin excepción, *comulgan* en una teoría: la de que los pateos se producen pura y exclusivamente porque los envidiosos consiguen vencer y echar abajo la obra. Los Informadores privados se encargan de ir puntualizando, al por menor, quiénes son los envidiosos.

Entra usted en el saloncillo del teatro, le da usted la enhorabuena al autor y le dice: "Muy bien, muy bien... está muy bien "eso"; enhorabuena", y el Informador privado informa y dice:

"Fulano, que venía aquí a pasar la mano por la espalda y a decir que le parece muy bien, estaba en las butacas diciendo que era una birria." Y ponen al tal, acto seguido, de envidioso, de traidor, de sanguiuela.

Sin embargo... ¿No podrían con

la misma razón decir lo contrario? Igual; lo mismo podrían decir: "Hombre, Fulano, es una persona discreta... En los pasillos opinaba que el autor era un atún y al saludar al autor se ha contentado, sin embargo, con decirle: "¡Muy bonito!"...

¿Quieren, si no, los acusadores privados, que se le diga al autor?: "Mire, amigo, yo soy franco y usted me ha parecido siempre tonto. He de manifestarle, sin embargo, que he modificado mi opinión: me parece usted granuja, más que tonto; no muy granuja desde luego, porque para ser granuja es necesario también tener talento; pero, en fin, usted, dentro de la abedulez que le es propia, procura usted ser lo más sinvergüenza posible y hurgarle a la gente en los resortes que no fallan" ¿Debe hablarse con esa franqueza?

El ejemplo de los Auditores nos dice

## RON BACARDI

lo contrario: Ellos procuran disimular; no dicen francamente: "Venimos a que nos diga usted su opinión, su opinión franca, sincera, para luego contrárselo al autor y ponerle a usted de envidioso y mal amigo". No dicen tal. No dicen tampoco: "Haga usted el favor de prescindir de su opinión y no opinar nada en contra del autor o de la obra, porque no hay derecho a que nadie opine mal de lo que estrena este autor o de lo que se estrena en esta casa".

Decir esto no sería, después de todo, tan descabellado: podíamos formar todos un Conglomerado Homogéneo de Bombos Mutuos y "hoy por ti, mañana por mí", todo el que escribiese

para el teatro, hablar bien de todo lo que se estrenara. Resultarían así unos éxitos inmensos, porque como no hay nadie que no escriba para el teatro, se vendría el teatro abajo de la ovación y los vítores. Pero no es eso lo que cada autor quiere y lo que quieren los amigos de los autores y de los empujados; ellos quieren que se hable bien de sus amigos, pero no de los demás. El que más y el que menos aspira a ser el mejor cuando no el único. Elogiar a todos por igual es como no elogiar a nadie. No queda, pues, más remedio, que opinar cada cual lo que pueda, según su leal saber y entender, y... el que tenga oídos... que oiga.

\*\*\*

Todas estas consideraciones, aunque motivadas por el incidente dicho, no se refieren ni a la obra ni a la persona del señor Suárez de Deza; lo que opino de este muchacho lo dije ya públicamente y sigo opinando lo mismo: está en los Cuatro Caminos y los cuatro se le ofrecen a su disposición, pues para todos ellos tiene, al parecer, abundancia de facultades:

Por el Norte, irá a la Gloria; por el Sur, al Truco; por el Oeste, al Dinero, y por el Este, al Cementerio.

El hombre que sabe cuáles son las escenas interesantes y centrales de una comedia; que sabe escribir y domina la frase concisa y clara, como le ocurre a Suárez de Deza, puede ir al Dinero y a la Gloria. El hombre que, teniendo en la mano la escena importante, la desperdicia con frases de gracia fácil o con sentimentalismos de tópico y con moralidades del Juanito, pueden ir al Más Dinero y a la Fosa—o al Foso, por lo menos.

Hay un elijan.



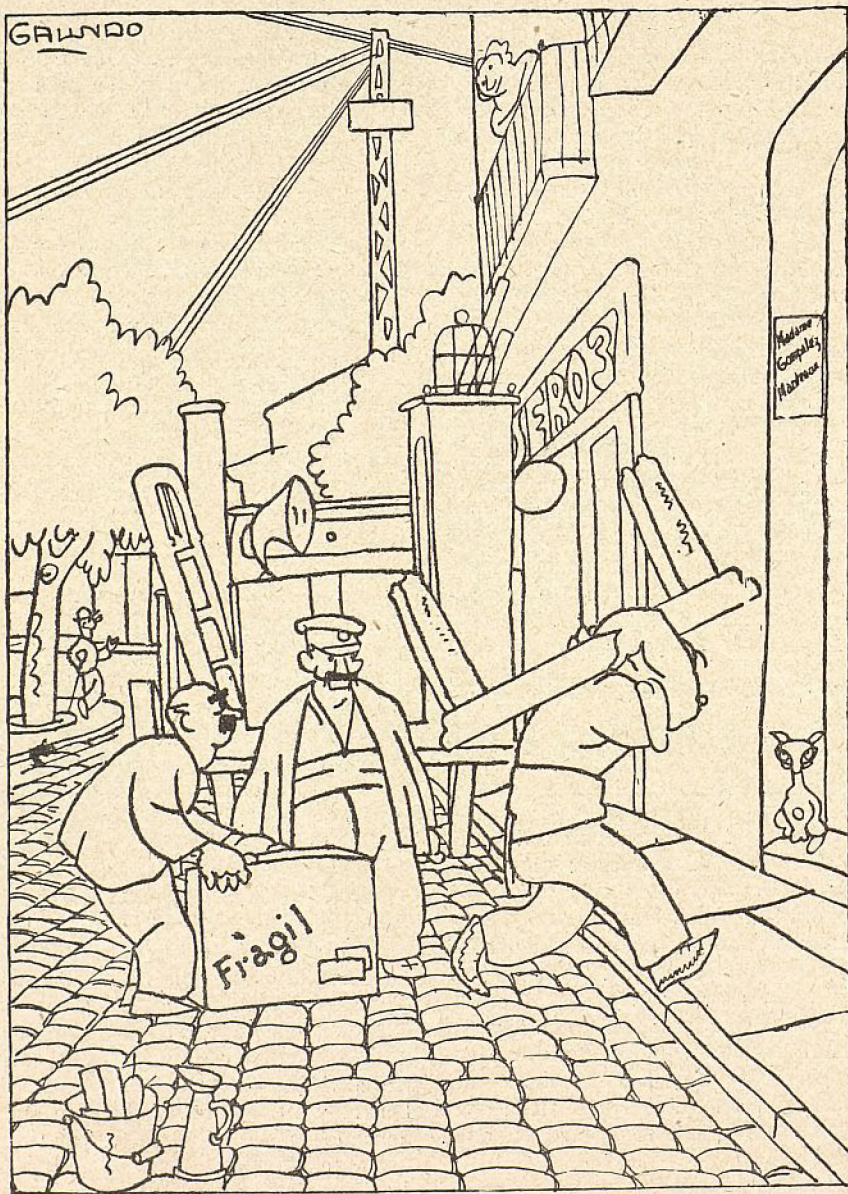
## En Lara.—«Guñitos»

Gregorio Martínez Sierra y Gutierrez Roig han traducido una obra de autor *Pleasant Joke*. El nombrecito de este autor escama un tanto: significa, en cristiano, "broma grata" o "travesura divertida". Bernard Shaw ha clasificado sus comedias en comedias *pleasant* y comedias *unpleasant*:

agradables y desagradables. Ahora, con este nuevo autor, se inicia la serie no ya de comedias, sino de autores *pleasant*: gratos. Nos place. Siga la racha. Es muy agradable, en efecto, encontrar autores lo mismo. Y este de ahora es agradable de veras. Su nombre pudiera también servir para nombre y definición de su Musa. Travesura grata, diversión jovial: eso es

*Guñitos*. Comedia tan sobria, tan justa y ligera, tan elegante en su proceder y tan bien educada siempre, que salimos del teatro como se sale de una reunión de gente grata: no se nos ocurre pensar si hemos hablado o no de cosas trascendentales; si hemos o no descubierto mediterráneos. Decimos, satisfechos: "Qué gente más agradable", y nos prometemos reincidir.

\* \* \*



Dib GALINDO.—Madrid.

—Este Damián pa tó tié que ser igual. En seguida echa las patas por alto.

La comedia se representó por todos primorosamente.

No hemos hablado todavía en estas columnas de esta nueva actriz: Carmen Díaz. Falta grave que no nos deben perdonar nuestros lectores.

Carmen Díaz tiene todas las condiciones necesarias para triunfar como ha triunfado y como triunfará. Lo mismo sirve para un cosido que para un barrido, entendiéndose por "cosido", lo cómico, y por "barrido", lo dramático. Ni pertenece en lo dramático a ese género de trágicas que siempre están de pésame, ni, en lo cómico, a ese género de "ingenuas" que lo hacen todo en niña que salta a la comba. Es una mujer—y ¡qué mujer!—y es una actriz.

Galache, su contrafigura, ¡es, en cambio, un hombre—y un tío. Galache—fíjense un poco—es uno de los actores más formidables que tenemos y acaso el más capacitado para recibir la herencia artística de nuestros grandes veteranos de la escena, de Francisco Morano, por ejemplo.

## En el Alkazar.

## «Doña Tufitos»

Sin tiempo para hablar de la comedia estrenada en El Alkazar. Baste decir que este Manzano es un frutal de mucha consideración y del que puede esperarse una sidra muy sabrosa; que Irene Alba es una Doña Tufitos que puede ponerse todos los Moñitos que se quitan ahora las demás señoras; que Bonafé es... Bonafé; que la señorita Jiménez es... muy guapa; que también lo son sus compañeras; que Perales es otro frutal excelente y que García León es un León como el león hispánico que pinta Bagaría: muy chulo y muy gracioso.

MANUEL ABRIL





# CUENTOS JUDIOS

por RAYMOND GEIGER

Isaac ha comprado un caballo de carrera por el que ha pagado veinte mil francos. Pocos días después de la compra, el animal muere repentinamente en las cuadras de Isaac.

Aquella misma tarde el judío va al Círculo y dice a sus amigos:

—Estoy consternadísimo; figuraos que mi mujer se empeña en que me desprenda del magnífico caballo que, como sabéis he comprado hace dos días, con el pretexto de que le molesta el que pueda oler cualquier día a cuadra.

—¿Y va usted a venderlo?

—No; he pensado algo mejor; voy a rifarlo.

Isaac saca veinte papeletas, a dos mil francos cada una, que llevaba previamente preparadas, y logra colocarlas entre sus amigos. Inmediatamente procede al sorteo. El señor Bruyere resulta premiado.

Isaac se acerca a él, le abraza, le da la enhorabuena y le dice:

—Pase usted mañana por mi casa para recoger el caballo.

Cuando al día siguiente se presenta el señor Bruyere en casa de Isaac, halla a éste profundamente desconsolado.

—¡Ay qué desgracia, señor Bruyere!—le dice a éste—. Figúrese usted que el caballo acaba de morir repentinamente; pase a la cuadra y lo verá.

Ya ante el cadáver del animal Isaac redobla sus quejas.

—¡Ay, qué desgracia! Lo siento por usted, señor Bruyere; mas para que no pueda decirse nunca que he engañado a nadie... ¡tome usted!

Y le da dos billetes de mil francos.

\*\*\*

En el tren, en Rusia, Avron se destornilla de risa.

—Pero... ¿qué te pasa, hombre?—le pregunta Bloch.

—¿Conoces al teniente Ivanoff? Bueno; pues le he engañado hace un momento ¡Cómo le he engañado!

—¿Cómo?...

—Imagínate que me encontraba ahora mismo en la estación, al lado de la puerta, cuando de repente, Ivanoff que viene y me ve. Me pregunta: “¿Eres tú Ravinovichs?”—Yo le contesto que sí. Entonces me da un par de bofetadas y se marcha. Yo le había dicho que me llamaba Ravinovichs, pero no es verdad, puesto que me llamo Finnkestein. ¡Cómo me he reído! ¡No se me olvida!

\*\*\*

Lévy es acusado ante la Justicia por vender vino falsificado.

—¿Os declaráis culpable?—le pregunta el Juez.

—Yo, no, señor Juez. Y váis a permitirme que os haga una pregunta.

—Decid.

—Señor Juez, ¿entendéis de química?

—No.

—Y usted—dice dirigiéndose al perito químico—¿conoce el Código?

—No.

—Entonces, señor Juez, permitidme que os haga ver una cosa. Tanto el señor Juez como el señor perito son personas intruídas. Pero usted, señor Juez, conoce la Ley y no conoce la Química; y usted, señor perito, conoce la Química y no conoce la Ley. ¿Cómo yo, que no soy más que un viejo judío voy a conocer las dos cosas?

\*\*\*

En su lecho de muerte el banquero Abraham, que carece de hijos, llama al jefe de sus empleados y le dice:

—Ahí queda toda mi fortuna. Sólo tengo que recomendarte que la hagas producir y la aumentes. Ya me la devolverás el día de la Resurrección de la carne.

R. C. R.



—¿Diez duros?... No pagué más que tres por el que lleva y ya ve usted si lleva adornos.

De London Opinión.





Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo. Si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

Un gitano apadrina a un niño, y al preguntarle el sacerdote el nombre que va a llevar la criatura, responde:

—Bartolo.

—Hijo, lo siento, pero tendrá que ser Bartolomé, porque Bartolo no existe en el Santoral —dice el cura amablemente.

A lo que objeta el gitano de pronto:

—Oigasté, pare, ¿y a osté cómo le llaman?

—¿A mí? Pedro.

—¿Y le gustaría á osté que le llamasen Pedromé?

F. Bolea.—Barcelona.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

En la librería:

—¿Tiene usted «La mujer adúltera»?

—No, señor. Afortunadamente soy viudo.

Rurico Cáliz de Silex.

**PASTILLAS DE CAFE Y LECHE**

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Consulta médica.

—Después del minucioso, detenido y competente reconocimiento, ¿qué cree usted, preclaro y sapientísimo doctor, que tiene el enfermo en la cabeza?

—El sitio.

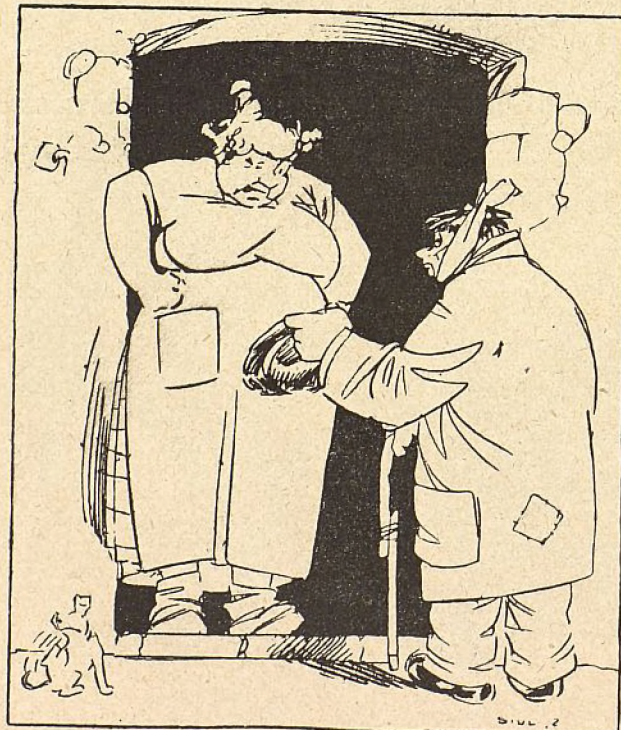
Chelines.—Villada (Palencia).

—Oye, Pepe, ¿qué tal sigue tu hijo?

—De salud, bien. Ahora que.

**EL MEJOR JABON**

Fabricado con aceite de orujo  
SALGADO Y COMPAÑIA, S. A.  
Oficinas: REINA, 45 duplicado  
MADRID



—Por favor: algo de comer.

—Espere un momento a mi marido.

—No señora, no soy antropófago.

De Excelstor.—Méjico.

—¿En qué se parece una joven que ha sufrido un desliz a un periódico?

—En que los dos pasan por la censura.

Santiago Fernández Cao.  
Madrid.

Dos amigos visitan el jardín botánico de X. Uno de ellos exclama con entusiasmo:

—¡Qué maravilla! ¡No falta una sola especie!

—¡No tanto, no tanto! —contestaba el otro—. Me he enterado de que falta el árbol genealógico.

Rabalera.—Zaragoza.

Entre amigos.

—Una vez tuve yo un resfriado tremendo, y ¿cómo dirás que se me quitó?... Pues me salió á la calle una noche de invierno en camiseta.

—¿Y se te quitó?

—El resfriado sí, pero agarré una pulmonía doble que por poco la diño.

Tirilla.—Sanlúcar de Barrameda.

en materia de estudios, deja mucho que desear.

—Pero tú, que sabes tanto, ¿por qué no le enseñas?

—Pues, mira, porque como el chico es tan torpe, hay que dársele todo mascado.

—¡Ah, vamos! ¡Ahora comprendo su repugnancia!

M. Serrano.

El doctor.—El señor ministro curará. Yo se lo aseguro.

La esposa del ministro.—¿Y qué tratamiento piensa usted darle?

El doctor (distráido).—Vuecencia.

Vicente de Castro,  
Puente de Vallecas.

Examen de latín.

El catedrático.—¿Qué quiere decir *ego*?

Un tío del alumno señala con el dedo a su chaleco, como queriendo decir *yo*.

**A M A D O R**

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

UNION COMERCIAL DE ACEITES  
Salgado y Compañía, S. A.

Compradores de aceites de oliva. Venta exclusiva al consumo interior de España  
Oficinas: Reina. 45 dup., Madrid



AGENTE DE PUBLICIDAD  
PARA  
**BUEN HUMOR**  
EN CATALUÑA  
**Félix Verdún Daly**  
ROSELLO 402 BARCELONA

El alumno.—El chaleco de mi  
tio.

Santiago Santacreu.—Madrid.

Durante una epidemia colérica  
un médico enviado por el Go-  
bierno pregunta al alcalde de  
una ciudad asolada por la plaga:

—¿Y qué precauciones ha to-  
mado usted contra la invasión  
de la enfermedad?

—¿He mandado abrir tres  
mil fosas nuevas en el cemen-  
terio!

Amelia L. de Medrano.  
Madrid.

Cierta rústica, gasta  
su bolsa en *Pasta Orive*, porque  
[jura  
que así afinó su boca, que era  
[basta...  
¡Lo cual es verdad, pura  
en rústica y en pasta!

Una gitana quiere bautizar a  
su hijo.

—Zefío cura, ¿cuánto me ye-  
va ozté por bautizá a mi niño?...  
Mizté qué preziozidá... paeze un  
briyante!... (*Y lo besa con en-  
tusiasmo.*)

El cura.—Treinta reales.

La gitana.—¿Por ezte pulpo  
treinta reale?...  
F. Melero Pedrera.—Sevilla.

En el café.

—Ayer me he visto obligado  
a dar dos bofetadas a uno por-  
que me habló mal de la ley de  
Jubilaciones.... Pero, dejando  
eso á un lado, ¿qué opina usted  
de la referida ley?...

Sotam-Hacho.—Centa.

En la taquilla de la Comedia.  
Un paleta.—Una entrada pa  
ver esa obra que dicen que se  
rie uno tanto.

El taquillero.—¿La tela?

El paleta.—¿Cómo la tela?  
¡Venga la entrada primero y  
luego le pagaré! ¡Si usted es  
desconfiao, yo tampoco me chu-  
po el deo!

Antonino Quintana.—Melilla.

Entre amigos.

—¿Tu suegra te ha dejado al-  
go al morir?

—Ya lo creo. ¡La hija!

Benjamín López.—Madrid.

**HERNIAS**  
Bragueros cien-  
tificamente  
J. Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Augusto Figueroa 8

En la cárcel.

Un preso (*al carcelero*).—Le  
he mandado llamar para decirle  
que yo tengo el sueño muy li-  
gero; y, si no me quita usted  
de aquí estos grillos, me voy á  
pasar toda la noche desvelado.

Luis Arenas.—Madrid.

—Señor Remigio, usted que  
sabe de todo, ¿me haría el fa-  
vor de icirme qué papeles y de-  
cumentos me hacen falta pa  
marcharme a Cuba?

—Mira, Niceto, lo mejor se-  
rá que te vayas a Cuba y allí te  
lo dirán mejor que en ninguna  
parte.

Juan Laraza Sil.—Orduña.

Un aldeano se fué a quejar al  
juez de paz de que un zapatero,  
vecino suyo, se reía siempre que  
él pasaba por delante de su casa.

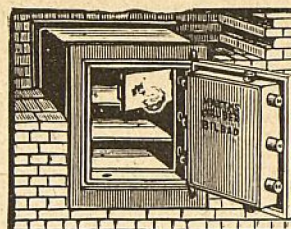
El juez dijo al zapatero:

—¿Por qué hace usted eso?

—Porque se empeña en pasar  
siempre que yo me río.

J. Sacristán.—Madrid.

Un caballero entra en una li-



**ARCAS INVISIBLES**

Empotrada el arca en la  
pared, ésta queda lisa y  
sin salientes. La caja se  
puede tapar con el papel  
o la pintura del decorado  
y colocar encima un  
cuadro. Así quedará del  
todo oculta. Tengo estas  
cajas en muchos tama-  
ños. Precios modicos.  
Pedid catálogo á

**MATTHS. GRUBER**  
Apartado 185. Bilbao

**CUPON**  
correspondiente al núm. 257 de  
**BUEN HUMOR**  
que deberá acompañar a  
todo trabajo que se nos  
remita para el Concurso  
permanente de chistes o  
como colaboración es-  
pontánea.

hacer uso de la escalera, porque  
yo está a mi alcance.

Fernando Salvo.—La Coruña.

—¿En qué se parecía De-  
móstenes, cuando era tartamudo,  
a un grillo?

—En que llamaba a sus com-  
patriotas gri... gri... griegos.

Eugenio Reyes.—Madrid.

Examen de ortografía.

Profesor.—Haga usted el fa-  
vor de escribir en la pizarra ci-  
garro.

Alumno.—Ya está.

Profesor.—Ha escrito usted  
cigarro con *ese*.

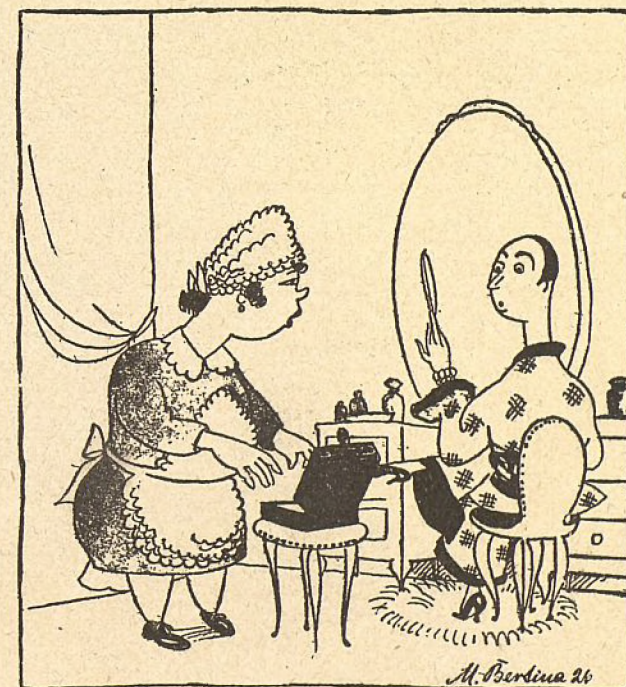
Alumno.—No, señor. Lo he  
escrito yo solo.

K. CH. T.—Málaga.

brería y dirigiéndose al librero.  
que es un hombre muy peque-  
ño, le pregunta:

—¿Tiene usted *Las Grande-  
zas del Universo al alcance de  
todos?*

—Sí, señor, pero tendré que



—¿Qué más hay que poner en el maletín? Ya he me-  
tido una docena de camisas, dos trajes de mañana y  
cinco de noche...

<sup>1</sup> De Humor.—Munich.

**MUSICA**  
LIQUIDACION POR ESCASEZ DE LOCAL  
Siete álbumes con treinta números completos para piano, de los ilus-  
tres maestros Vives, Bretón, Villa, Arbós, Pérez Casas, Villar, Con-  
rado del Campo, Saco del Valle, etc., etc., ¡¡dos pesetas!! Franco por-  
tes y certificados.  
Pedidos, con su importe, en giros o sellos de Correos, a Antonio  
Ros, librero. Claudio Coello, 95, Madrid (6). Muy pronto saldo de li-  
bros y revistas ilustradas.  
GUIA Y PLANO DE MADRID, DOS PESETAS



# KORRESPONDENCIA MUY PARTIKULAR

Los, Murcia.

Le diré al amigo Los que nos perdone, por Dios.

Delgado. Madrid.

Los dibujos de Delgado no los hemos aceptado.

C. B. LL. Almería.

En Madrid... y en Almería eso es una tontería.

A. T. N. Madrid.

Sus inocentes cuartillas le tenemos que decir

que, aunque se llaman *Cosquillas*, no nos han hecho reír.

O. P. J. Zaragoza.—Su artículo, o como usted quiera que llamemos a la camelancia que nos envía, se titula *El esperpento*...

Lo que quiere decir que, por lo menos, es usted franco como noble hijo del no menos noble Aragón de nuestros amores.

Casto. Madrid. — Usted será Casto, pero su cuento es de una concupiscencia como para llamar a un guardia, lérselo y qué él determine la barbaridad que hay que hacer con usted.

T. R. O. Sevilla.—Pasa usted a lo profundo del alma bohemia del cesto de los papeluchos irreparables.

Anteo. Madrid —No sirve para nada.

Cric. Toledo.—Sirve para menos que lo del anterior.

Ele. Cuenca.—A Ele le tenemos que decir que cá.

Tomás. Madrid.—Es inexpresivo como plática amorosa entre sordomudos de nacimiento.

Z. Z. Zaragoza.—Su artículo sobre las fiestas del Pilar ha llegado tarde y lo sentimos...

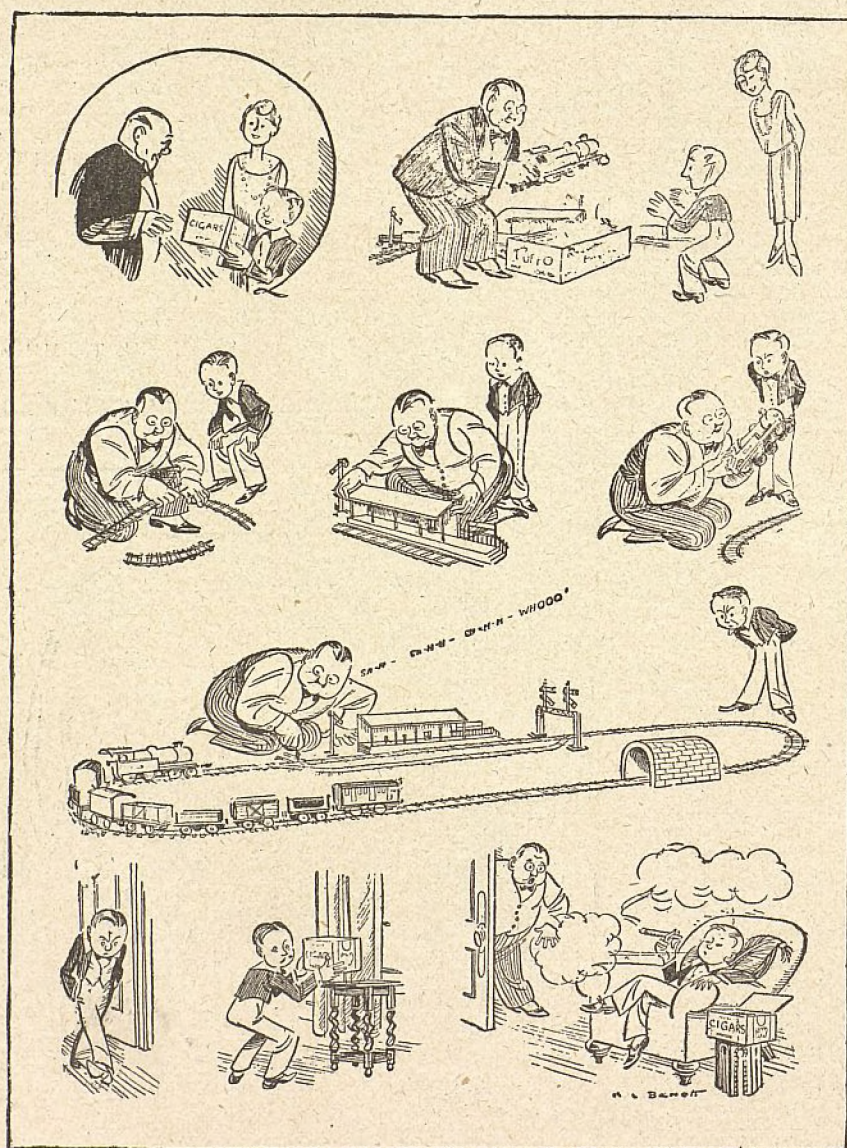
Y digo que sentimos que haya llegado tarde, porque hubiésemos preferido que no hubiera llegado nunca.

F. A. P. Valencia.—No puede aprovecharse. Pero reconocemos que no está mal versificado y que puede usted hacer algo que valga la pena, si bien le rogamos que, si lo hace, lo haga con una tinta que no tenga azúcar. Se nos han puesto las manos perdidas, hasta tal extremo que á una señorita visitante que nos ha dicho: *beso a usted la mano*, se lo hemos quitado de la cabeza...

H. M. C. Madrid.—Eso no encaja en BUEN HUMOR. Aquí hay que reírse ó perecer a mano totalmente airada.

A. R. B. Oviedo.—Lo de usted lo hemos leído hace dos minutos y ya está en el cesto.

Usted nos pedía que resolviéramos pronto. Pero no creo que tenga usted queja de nuestra diligencia por servirle.



*Justas represalias o la venganza de Luisito.*

De The Humorist.—Londres.



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.— Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos

insecticidas de

Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 4. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



# BUEN HUMOR



*Dib. REINOSO.*

EL.—Siempre me haces daño con las uñas, ¿cómo te las arreglas?  
ELLA.—Con una lima.